

68

FRANCESCO
KLEWIC

EL PAN
DE LA
MIGRACION

PG7158

.S4

B78



1020025878



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



EL PAN DE LA EMIGRACION



Núm. Clas 552 b
Núm. Autor 34979
Núm. Adg. 8
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 64
Catalogó _____

2
EON
ARIA
" "
EXICO

3

100
1.25

ENRIQUE SIENKIEWICZ

EL PAN
DE LA
EMIGRACION

VERSION CASTELLANA

DE

J. - M. R. y E.

100442

Con aprobación eclesiástica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1902 MONTERREY, MEXICO
BARCELONA

LIBRERIA DE «LA HORMIGA DE ORO»

Calle de Hércules, núm. 3

1902

34979

891.85

Alfonso Reyes

Guano Mayo 25-1906

PG 7158

.54

B78



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La Travesía de América

HACÍA cuatro días que había entrado en pleno Océano uno de esos grandes vapores alemanes que de Hamburgo van á Nueva-York y que parecen destinados principalmente al transporte de emigrantes de los diversos países centrales de Europa.

Era el *Blücher*.

Desde su cubierta hasta donde la vista podía alcanzar, no se veía más que una inmensa é inquieta superficie de un color verdoso. El movimiento acompasado de la hélice trazaba un

surco que se cubria de espuma blanquecina, mientras el buque, con la proa hácia Occidente, ora se encaramaba sobre las encrespadas olas, ora parecia hundirse en el abismo. Detrás de él formábase un largo rastro de humo, semejante á una serpiente de desmesurada longitud, y más arriba, por encima de los mástiles, revoloteaban numerosas gaviotas.

El viento, que desde la salida del puerto habia soplado con bastante fuerza, se mantenía en direccion favorable, y el *Bliücher*, con las velas desplegadas, corria á poca máquina.

El tiempo parecia inclinarse á bonanza. Las grandes nubes grises que al principio cubrian la celeste bóveda comenzaron á rasgarse y luego se dispersaron hasta dejar al descubierto grandes extensiones de cielo azul: el viento amainaba por momentos, y las velas azotaban á los mástiles adhiriéndose á ellos para luego hincharse otra vez, sembrando alas de cisne.

Los marineros en hilera, ora agachándose, ora incorporándose con caudencioso movimiento, tiraban de las

cuerdas de la vela baja del palo mayor, acompañando su accion con plañidera cantinela, atentos á las señales de pito que les transmitian órdenes y daban ritmo á sus esfuerzos.

Todos los pasajeros habian subido á cubierta para gozar de un bello ocaso. Detrás del cuarto de máquinas se agrupaban los de primera clase, mientras á proa aparecia la masa pluriforme de los emigrantes que ocupaban el entrepuente, fumando unos tranquilamente su pipa sentados sobre bancos; otros tendidos sobre las tablas; otros, en fin, de codos sobre la borda y con la mirada fija en la doble inmensidad del tranquilo cielo y del agitado mar.

Veíanse allí mujeres llevando colgadas del cuello sus tiernas criaturitas: aquí y allá corria la bulliciosa adolescencia, ora cayendo, ora levantándose: los mozos procuraban imitar á los marinos de profesion para mantenerse en equilibrio, tarareando á la vez una cancion. Acaso ninguno de ellos volvería á ver su país natal; pero ¡qué importaba esto! Tal pensa-

miento distaba mucho de alterar el buen humor de la abigarrada multitud.

Dos personas solamente, un viejo y una joven, formaban con aquella extraño contraste por su aspecto de tristeza. Manteníanse aislados, en medio de tanta gente desconocida, y no era difícil reconocer en ambos á simple vista el tipo del campesino polaco. El se llamaba Lorenzo Toporek, y ella, hija suya, Marysia. Desde que se embarcaron, apenas se habian dejado ver sobre cubierta. En su pálido rostro pintábase una expresion de desaliento mezclado con estupor. Sus ojos atónitos se fijaban tímidamente en sus compañeros de viaje, en los marineros, en el barco, en la chimenea, que vomitaba sin cesar gruesas nubes de humo, y en las espumosas olas que venian á romperse contra los costados del buque.

Uno y otra permanecian mudos. El viejo, fuertemente agarrado con una mano á la mura del vapor, aseguraba con la otra sobre su cabeza un gran gorro cuadrado, temiendo que el vien-

to se lo arrebatara. La jóven, de pié junto á su padre, se estrechaba tímidamente con él á cada movimiento del buque y contenia un grito de terror, pronto siempre á escaparse de sus labios.

Por fin Lorenzo fué el primero en romper el silencio.

—¿Marysia?

—¿Padre?

—¿Te sorprende eso?

—¡Oh, sí!

Pero más aún que la sorpresa podia en la jóven el miedo, que poco á poco hacia presa de su espíritu, como tambien del de su padre.

Felizmente calmóse el mar, el viento amainó su furia, y rasgáronse las nubes grises que velaban el sol.

Los dos pobres campesinos se sintieron renacer á la vista del hermoso astro del dia. Era ciertamente su sol, el sol de su pueblo de Lipinsk, cuyo disco majestuoso y deslumbrante parecíales, en medio de tantas cosas nuevas é ignotas, un viejo y fiel amigo, un sostén, un protector.

El mar estaba más sosegado. Reso-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RLYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nó en el puente la voz del capitán, y pronto los marineros, agarrándose á las jarcias, arriaron las velas.

La vista de aquellos hombres entregados á tales maniobras y movidos como por un resorte llenó de estupefacción á nuestros dos polacos.

—Los mozos de nuestro pueblo no sabrían hacer eso,—dijo Lorenzo.

—Lo que hacen los alemanes, también Jasko lo sabría hacer,—contestó Marysia.

—¿Cuál de los Jasko? ¿Sobkaw?

—¡No! Jasko Smolck, el cochero.

—Valiente muchacho, sin duda; pero es preciso que le olvides: ni él es para tí, ni tú eres para él. En América haremos fortuna y llegarás á ser una señorita, mientras él nunca pasará de ser un pobre cochero.

—Sin embargo,—replicó Marysia,—posee un campo.

—Sí, pero en Lipinsk.

Marysia calló. Sabía que nadie puede sustraerse á su destino, y suspiró tristemente.

En tanto, los marineros habian terminado su tarea. El balanceo del bu-

que habia cesado casi enteramente, y el mar ofrecia el aspecto de una superficie plana en toda su extension.

Sobre cubierta circulaban multitud de caras nuevas; eran todos alemanes, obreros, gente del pueblo, campesinos, vagabundos, que iban al Nuevo Mundo en busca de trabajo, ó para vivir allí en la ociosidad.

Lorenzo y su hija, temerosos de quedar en ridículo, se habian sentado en un rincon, sobre un monton de velas.

—Padre,—dijo Marysia,—¿tendremos que pasar todavía muchos dias en el mar?

—Hija, ¿qué sé yo? Entre tanta gente no habrá aquí un cristiano que pueda comprenderte y darte una explicacion.

—Pues ¿cómo lo haremos en América?

—No faltan allí compatriotas nuestros. Así me lo aseguraron.

—¿Padre?

—¿Qué quieres?

—Aquí todo es para asombrarse, pero estábamos mejor en Lipinsk.

—¡No digas tonterías! — contestó bruscamente el buen viejo.

Pero á los pocos instantes, y como hablándose á sí mismo, exclamó:

—¡Dios sobre todo!

Los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas, y así ella como su padre volvieron el pensamiento á la patria.

Lorenzo Toporek no pudo menos de recordar los acontecimientos que habian precedido á su partida y le habian determinado á emigrar al Nuevo Mundo.

Sucedió que algunos meses antes, un hermoso dia de Junio, fué sorprendida su vaca apacentando en el campo de un vecino, y dándose éste por perjudicado, reclamó á Lorenzo tres rublos como indemnizacion. Negóse Lorenzo á pagárselos, y el demandante se querelló ante el tribunal, pidiendo además de los tres rublos por el perjuicio que decia haber sufrido, que el demandado le reembolsase los gastos de alimentacion de la vaca; gastos que aumentaban todos los dias.

Nueva negativa de Lorenzo, á quien desesperaba la idea de tener que pa-

gar tanto dinero. Como si esto fuera poco, agregáronse los gastos del proceso.

Perdido el pleito, Lorenzo tuvo que aprontar una gruesa suma, muy superior al valor de la vaca; y como no poseía ni la mitad siquiera del dinero requerido, embargáronle el caballo.

Y como castigo por su terquedad condenáronle además á pasar algun tiempo en la cárcel.

Vino al fin la época de la recoleccion, en que Lorenzo necesitaba imperiosamente el auxilio del caballo. Precisamente aquel año los trigos eran tardíos, y se acercaba la estacion lluviosa cuando estaban todavía en su crecimiento.

En medio de tales desventuras, y ante la perspectiva de perder buena parte de su cosecha, el viejo labrador no veía para él y para su hija otra perspectiva que la mendicidad.

Acostumbrado á vivir en relativa holgura, el espectro de la miseria le atormentaba atrozmente, y para librarse de él entregóse á la bebida.

En la taberna adquirió trato con un

aleman que recorria el país como traficante de cáñamo, cuando en realidad era un agente de emigracion. Contaba de América cosas asombrosas y halagadoras: prometía campos extensos, mucho más grandes que los de Lipinsk, y no sólo campos, sino prados, dehesas, bosques y selvas.

El buen Lorenzo se dejó seducir por aquellas relaciones; creía y dudaba á un mismo tiempo; pero un compadre judío que acompañaba al negociante alemán confirmaba sus palabras asegurando que en América el Gobierno daba, á todo el que se lo pidiese, tantas tierras como quisiera, lo cual sabía de ciencia cierta por boca de un pariente suyo.

Poco á poco el viejo campesino tragó el anzuelo y se persuadió de que no era razonable permanecer más tiempo en su tierra, si no era para esperar que la fatalidad acabase de despojarle enteramente de todo y le obligase á mendigar.

Resuelto ya, firmó un contrato con el alemán, vendió sus bienes, reunió todos sus recursos, y ahí le tenemos

navegando con su hija para el Nuevo Mundo.

El viaje, empero, distaba mucho de armonizar con sus deseos y según esperaba en su ingénua confianza.

Ya antes de abandonar á Hamburgo habia tenido que desembolsar mucho dinero. Despues, ya en el barco, él y su hija habian sido alojados en el entrepunte en medio de gentes desconocidas. Desde los primeros instantes habian comenzado sus sufrimientos. Tratados como se tratan las cosas sin valor, empujados aquí y allá como las piedras del camino, en la imposibilidad de comprender á los otros tanto como de ser comprendidos por ellos, pronto fueron objeto de la risa general.

A la hora de la comida, cuando los emigrantes provistos de tazones, marmitas y otros recipientes daban el asalto á la cocina, ellos se veían siempre relagados en último término.

Solos, tristes, abandonados de todos, con el continuo balanceo del buque y ante la inconmensurable extension del mar, su espíritu parecia pró-

ximo á caer en sombría desesperación.

En presencia de su hija Lorenzo se esforzaba en mostrarse confiado, sin inquietud por el porvenir. Lo admiraba todo; lo hacia notar todo á Marysia, solícito en distraerla. Pero en el fondo de su corazón dudaba enteramente de to to.

A veces llegaba hasta temer que aquellos *paganos*, como llamaba á sus compañeros de viaje, les echasen al mar, á él y á su hija.

Aun el mismo barco, que noche y dia surcaba el inmenso mar, que se estremecía como un sér animado, que de dia cubria el agua de hirviente espuma y de noche dejaba detrás una ancha estela fosforescente, le llegaba á parecer al viejo campesino un poder pagano, una cosa infernal.

Un sentimiento de terror, que se esforzaba en disimular á su hija, le oprimía el corazón. Nada de cuanto le rodeaba, nada de lo que percibian sus sentidos, podia acomodarse en su espíritu; y bajo el imperio de tanta duda y de tanta ansiedad su pobre ca-

beza sentíase profundamente rendida.

A veces la brisa del mar le susurraba gratamente al oído: «¡Lipinsk! ¡Lipinsk!» Y el sol que cada mañana surgia majestuoso del seno de las olas parecia gritarle: «¿Qué tal va eso, viejo Lorenzo? Yo llego de Lipinsk.» Pero luego la hélice que hendia el agua, y la chimenea que vomitaba espesa humareda, le parecian dos genios maléficos que le empujaban cada vez más en el camino de la desgracia.

¿Y Marysia? Tambien en su espíritu se arremolinaban en tropel los pensamientos y los recuerdos.

Parecíale á veces hallarse en Lipinsk. Era una hermosa tarde de otoño. A una hora ya tardía, iba al pozo por agua. En el cielo titilaban las estrellas por millares. La naturaleza entera respiraba calma y serena paz.

Marysia hacia deslizar la cuerda sobre la polea y al mismo tiempo cantaba.

Aquella tarde sentíase allí alegre, como está alegre la tierna golondrina que acaba de emprender su primer vuelo.

Súbite, en la profundidad del bosque, resonó un canto prolongado, como un eco de su canto.

Era Jasko.

No tardó éste en comparecer, y saltando de su carruaje, comenzó á departir con ella.

¡Oh! Marysia no olvidaria jamás las palabras que Jasko le dijera aquella tarde.

Sentada ahora sobre un monton de velas, con los ojos entornados, parecía oír aún la voz enternecida de su Jasko, que le decía:

—Si tu padre te lleva consigo, abandonaré á Lipinsk. Renunciaré á todo para seguirte. Iré á reunirme contigo, aunque deba atravesar el mar. Te buscaré por los bosques vírgenes, y te encontraré, y viviré á tu lado. Porque sin tí, Marysia mia, yo no puedo vivir. En donde tú estés, allí debo estar yo, y tu destino debe ser tambien el mio. El uno para el otro, en vida y en muerte: te lo he jurado aquí, cerca de este pozo, y ¡caiga sobre mí la maldicion divina si un dia llego yo á abandonarte!

Pensando en estas palabras Marysia volvía á ver con maravillosa precision el viejo pozo y erguido delante de ella al enamorado Jasko mientras el disco rojo de la luna se elevaba lentamente por encima del bosque.

Este recuerdo devolvía la calma á su espíritu y derramaba en su corazon como un bálsamo de esperanza.

Marysia estaba persuadida de que su Jasko vencería todos los obstáculos para reunirse con ella.

¡Cuán tranquila y confiada se hubiera sentido ahora teniéndolo á su lado! Jasko la habria confortado, él que no conocia el miedo y que sabia siempre salirse de cualquier paso.

¿Dónde estaria en aquel momento?

Acaso cortando leña en el bosque, ó guiando con mano hábil los caballos, ó conduciendo el trineo lejos, allá lejos.....

Y Marysia volvía á ver el pueblo natal, con sus calles sepultadas bajo la nieve; el sol poniente que dibuja pequeños círculos luminosos á través de las desnudas ramas de los árboles; los cuervos y las cornejas, que en

torbellinos vienen del bosque graznando; el humo que surge de las chimeneas, y allá abajo el bosque y los campos, en que la blancura de la nieve se matiza de rosa á la luz del ocaso.

¡Qué diferencia con el lugar á que la habia arrastrado la voluntad obstinada de su padre!

Con sus tristes ojos la jóven interrogaba el horizonte, pero ante su mirada no aparecia doquier otra cosa que el inmenso y ondulante espacio en el cual el buque, con sus alas desplegadas, parecia un gran pájaro perdido en medio del aire.

Arriba la bóveda inmensa del cielo, debajo el desierto de agua, al redor el estruendo de las olas y el mugido del viento, y como único abrigo aquel leño con la proa vuelta hacia la tierra prometida.

¡Pobre Jasko! ¿Podrás algun dia encontrarla allá abajo? Los vientos y las olas ¿podrán conducirte hasta ella?



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

II "ALFONSO REYES"
Cmo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La tempestad

LA noche iba tendiendo lentamente sus sombras, y los pasajeros comenzaban á bajar al interior del buque, mientras sobre cubierta reinaba desusado movimiento.

Desde lo alto del puente las señales del pito transmitian las órdenes del capitán, y los marineros maniobraban.

Apenas se habian disipado los últimos destellos purpúreos del sol, cuando se levantó una espesa niebla sobre la superficie del mar, y las po-

cas estrellas que se habian mostrado tímidamente desaparecian en un abrir y cerrar de ojos.

Pronto aquella niebla se hizo tan densa que no permitia ver los objetos en el mismo barco. El palo mayor y la chimenea aparecian sólo confusamente, los marineros parecian evolucionar como fantasmas, y los faroles colocados en el tope de los mástiles despedian sólo muy débiles reflejos.

Llegó la noche, una noche pesada y tenebrosa, y pronto á lo lejos oyóse un rumor sordo, siniestro, indefinible, como producido por la respiracion embarazada de un gigante que avanzara dificilmente, y todos los otros ruidos se unieran para formar cortejo á aquel ruido.

Aquellos sonidos misteriosos parecian salir de las tinieblas. Desde las profundidades del espacio la tempestad rugia amenazadora.

Los marineros, al oír aquellos sonidos, dicen que la tempestad toma prestados los vientos al infierno.

Como se anunciaba cada vez más próxima, el capitan, envuelto en su

capote impermeable, fué á ocupar su sitio de mando, y cerca de la brújula débilmente iluminada velaba el segundo del buque.

Lorenzo y su hija habian abandonado la cubierta con los últimos pasajeros.

En el entrepuente una lámpara colgada del techo lanzaba una luz pálida y trémula sobre los grupos de emigrantes allí reunidos y apretados contra sus miserables bagajes.

El local era vasto, pero triste y oscuro, de techo bajo, con literas dispuestas una encima de otra, y cargado el ambiente de un hedor como de cáñamo embalsado. Los pasajeros condenados á vivir en aquella atmósfera viciada sentian envenenarse sus pulmones y pronto aparecia en sus rostros la palidez de la cera llevando consigo sus tristes consecuencias y entre ellas el escorbuto.

Pocos dias de viaje habian bastado para que la jóven campesina de Lipinsk perdiera la frescura de su tez y las rosas de sus mejillas, haciendo de ella un sér enfermizo.

Ya el sol declinaba al Occidente, sumergiéndose en la movediza superficie del mar una ancha cintura flameante de oro derretido; y el buque corría siempre como si hubiese querido alcanzar al astro próximo á hundirse. El humo negro de la máquina tomaba un color de cobre; los mástiles y los cordajes se teñían de reflejos rosados.

Pronto el disco solar, cada vez más ancho y majestuoso, desapareció completamente lanzando aún por encima de las olas el haz luminoso de sus posteriores rayos. Después todo el horizonte se tiñó de un rojo de púrpura y en aquella mar de luz cegadora se confundieron el agua, el aire y el cielo.

En momentos tan solemnes el hombre se siente transportado á desconocidas alturas, sus emociones son más vivas é intensas, y el alma tiende irresistiblemente hácia el objeto de sus deseos.

Otra era la impresión que experimentaban Lorenzo y su hija. Sentíanse como dos hojas abandonadas á merced del viento, y comprendían

bien que el árbol en que habían nacido no arraigaba en la tierra á donde iban sus pensamientos, sino únicamente en la que habían abandonado y de la cual se iban alejando más y más.

¡Polonia, tierra de las ricas mieses, de los verdes prados y de los frondosos bosques, con tus cigüeñas y tus golondrinas, tus casitas blancas cubiertas por la sombra de las lilas, tus cabañas de techo de bálago y tus innumerables cruces á lo largo de los caminos, ante las cuales se detiene el caminante y doblando la cabeza murmura devotamente: « ¡Bendito seas, Jesucristo Señor nuestro! » ¡Oh patria, madre la más amada y venerada!

Nuestros dos campesinos sentían conmoverse el corazón bajo la impresión de este sentimiento, que nunca hasta ahora habían experimentado.

Lorenzo se descubrió la cabeza, y los rayos del sol poniente iluminaron sus encanecidos cabellos. Hubiera querido decir algo, pero no encontraba palabras con que expresar á su hija la angustia de su espíritu. Deci-

dióse al fin, y volviéndose á ella, dijo:

—Marysia, me parece que algo se nos ha quedado allá abajo, detrás del mar.

—Sí,—contestó Marysia en voz casi imperceptible,—allá abajo se ha quedado el amor, la felicidad.

Y elevó al cielo una mirada en la que iba envuelta una muda oración.

Lorenzo estaba también muy pálido.

¡Pobres campesinos! Llenos de timidez, apenas se atrevían á menearse en medio de sus compañeros de viaje. Hasta entonces habían creído que el paseo por cubierta estaba prohibido, y además temían separarse de sus pobrísimos bagajes.

Entre los emigrantes, en su mayoría alemanes, unos mascaban tabaco, otros fumaban y el humo subía lentamente al techo y hacia aún más lívida la luz de la lámpara.

Aquella noche los emigrantes que habían viajado ya, comprendían que amenazaba tempestad; otros la adivinaban. A nadie se le ocultaba la gra-

vedad del peligro inminente, y sólo nuestros dos campesinos dejaban de participar del terror común.

De pronto, llegó de fuera un aullido lúgubre, precursor de la tempestad.

Sin embargo, Lorenzo y su hija nada sospechaban. Sentados sobre un bloque de lastre, allí donde se dejaba sentir más violentamente el balanceo del buque, el viejo comía un pedazo de pan, mientras su hija se trenzaba los cabellos.

El profundo silencio que reinaba acabó por llamar su atención.

—Padre,—preguntó la jóven,—¿por qué esos alemanes están silenciosos esta noche?

La respuesta dióselo al punto un choque terrible que sacudió al buque de arriba abajo y sembró la consternación entre los emigrantes.

Levantóse confuso clamoreo de voces alarmadas, mientras las maletas y los bagajes chocaban violentamente unos con otros.

Y casi al punto un segundo choque, más violento aún, sacudió el barco,

mientras las olas furiosas venían á romperse y estrellarse contra las portadas.

En breve la tempestad se desencadenaba contra los mástiles, mugía, aullaba, gemía con todas sus voces múltiples y misteriosas como el huracán cuando azota los árboles del bosque. El viento sacudía el barco sin descanso, ladeándolo á babor ó á estribor, ya levantándolo sobre una montaña de agua, ya precipitándolo al abismo como si debiese alcanzar el fondo del mar.

De vez en cuando se desprendían de las paredes algunas literas cayendo de través unas sobre otras. También caían los pasajeros. Todo retumbaba con estruendo infernal: crujían las tablas con tal violencia que parecían próximas á ceder y saltar hechas astillas: despues, bajo la impetuosidad del viento, el mugido de las olas que barrián furiosamente la cubierta, los silbidos que la máquina lanzaba á través de las tinieblas, las lamentaciones de las mujeres, los gritos agudos de los niños, el azoramiento de los

emigrantes, y en medio de aquel horrible estrépito los sonidos penetrantes del pito del capitán dando sus órdenes, y sobre cubierta el paso precipitado de los marineros luchando contra la tempestad.

—¡Santa María, Madre Dios!—balució Marysia aterrada.

Inmóviles, agarrados á su litera vacilante, el padre y la hija eran á cada instante lanzados contra la pared, y en esta espera angustiosa apenas se atrevían á respirar.

Sumido el entrepuente en la oscuridad, creyéronse precipitados en la noche eterna de la muerte.

—Marysia,—comenzó á decir el viejo campesino, y su voz quedó cortada por un sollozo, y el aliento se detuvo en su garganta;—Marysia, yo solo te he conducido á tu perdición... Perdóname... Ha sonado nuestra última hora... Nuestros ojos pecadores no verán ya más este mundo. Vamos á morir sin Sacramentos, y nuestros cuerpos, en vez de reposar bajo tierra, van á rodar á merced de las olas... ¡Cuán infortunados somos!

Eso mismo sentía también Marysia, y apenas le quedaba ya un átomo de esperanza. En su mente se agolpaban los pensamientos en tropel, hasta que dominando sobre todos uno solo, brotó de su alma un grito supremo y apasionado:

—¡Jasko! ¡Jasko mio! ¿me oyes aún desde nuestro hermoso Lipinsk?

Y en la intensidad de su dolor el corazón de la joven estalló en sollozos.

En un rincón alguien gritó: «¡Silencio!», pero se calló de repente, como espantado por el sonido mismo de su propia voz.

La oscuridad era profunda, y los emigrantes fueron apretándose unos contra otros como si buscasen en el contacto una defensa contra el peligro común.

De pronto, en medio del aterrador silencio que sobre todos pesaba, resonó clara la voz de Lorenzo:

—*¡Kyrie, eleison!*

—*¡Christe, eleison!*— contestó Marysia.

—*¡Kyrie, eleison!*

—*¡Christe, audi nos!*

—*¡Christe, exaudi nos!.....*

En aquella vasta y tenebrosa estancia, la voz de aquel viejo que rezaba y la de la joven que, entrecortada por los sollozos, respondía dulcemente, tenían algo de extraño, de misterioso, de solemne. Muchos de los emigrantes se descubrieron, y pronto no se oyó más que el murmullo de los rezos, al cual venían á unirse los mugidos de la tempestad.

Un súbito clamor de espanto se levantó de todos los pechos. Por la escotilla había penetrado una ola enorme invadiendo el entrepuente. A los gritos desesperados de las mujeres y de los niños siguió un asalto de las literas en busca de refugio. Todos creían llegado su fin.

Pero en aquel momento penetró allí un oficial, enteramente empapado en agua y con un farol rojo en la mano. Tranquilizó á las mujeres con algunas palabras, asegurándoles que el mayor peligro había pasado ya; y aunque su voz era floja y sin convicción, consiguió tranquilizar un poco los ánimos.

No obstante, la tempestad, lejos de ceder, parecía cobrar nuevas fuerzas. Batido por el viento en todas direcciones, el *Bliicher* era juguete de las olas.

Largas y angustiosas deslizábanse las horas de aquella noche, cuando al fin aparecieron poco á poco á través de las portas los primeros albores de la mañana; aurora triste, pálida, propia de un día de tempestad, y sin embargo llevando consigo la confortación y la esperanza.

Lorenzo y Marysia, despues de haber rezado todas las oraciones que les habian venido á la memoria, se habian dejado caer sobre su litera, y sucumbieron á un profundo sueño. Despertóles despues la campana que sobre cubierta daba la señal del almuerzo, pero no pudieron probar ni un bocado. Sentian gran pesadez en la cabeza.

Lorenzo, peor aún que su hija, nada comprendia, y su espíritu, como estupefacto, se extraviaba en una infinidad de pensamientos.

El alemán que le habia inducido á

partir para América le habló ciertamente de un viaje más allá del mar, pero Lorenzo no habria imaginado jamás que el mar fuese tan vasto, ni que aquel viaje tuviese tan larga duración. En su credulidad de campesino habia pensado que un viaje á América era una simple travesía como otra cualquiera. ¡Oh! Si hubiese sabido que el mar era tan inmenso y tan espantoso, ¡cuánto más hubiera preferido quedarse en Lipinsk!

La tempestad duró dos dias y dos noches, y sólo cuando al fin pareció restablecerse la calma se atrevieron padre é hija á subir sobre cubierta; pero como viesen la masa del agua agitada todavía por el viento, hinchándose en gigantescas olas, pensaron que ninguna fuerza humana era capaz de llevarles á puerto sino la mano del Omnipotente.

Al dia siguiente brilló de nuevo el sol. En la inmensa superficie del mar no podia apreciarse el menor indicio de la proximidad de la tierra, y en los lejanos horizontes se confundian mar y cielo.

Lorenzo paseaba por todos lados sus miradas llenas de azoramiento, y pensaba tristemente que el mar no tiene límites.

Sentado en un rincón, acertó á pasar junto á él un marinero, y reuniendo todo su valor y saludando con su ancho gorro cuadrado, se atrevió á preguntarle:

—¿Podrías decirme cuánto tiempo nos queda para llegar á tierra?

¡Cuán agradable sorpresa tuvo el pobre campesino viendo que el marinero, de facciones curtidas por los vientos del mar, en vez de burlarse de él, se detuvo prestándole oído!

Iba, no obstante, con aire distraído y como si un tropel de recuerdos se aglomerase en su cerebro, y después de una breve pausa interrogó al viejo polaco:

—¿Deciais, buen hombre?

Lorenzo repitió su pregunta.

—Dos días no más,—respondió el marinero en lengua polaca y mostrándole dos dedos de una mano.

—Os quedo agradecidísimo.

—¿De qué pueblo sois?

—De Lipinsk.

—¡Lipinsk!

Durante este corto coloquio vino Marysia á reunirse á su padre, y al oír la pregunta del marinero respondió:

—Somos de la provincia de Posen.

El marinero, absorto en sus pensamientos, mantuvo un instante los ojos fijos en los herrajes que sujetaban la mura del barco; luego volvió su mirada hacia la rubia cabeza de la jóven y una indecible emoción conmovió su ruda fisonomía.

—Yo también conozco el polaco,—dijo con tono grave y solemne.—Mi nombre es Kaszuba. Vivía antes en Dauris, y era vuestro compatriota, pero ¡han pasado tantos años! Hoy mi patria es Alemania.

Dicho esto, el marinero colgó bruscamente de un gancho la cuerda que llevaba, y se retiró tarareando una monótona canción.

Desde aquel momento cuantas veces veía á Lorenzo y Marysia les dirigía una sonrisa de amistad, que para los dos polacos era un poderoso re-

confortante. No se sentían ya tan aislados entre la muchedumbre; veían un rostro amigo que les invitaba á esperar.

Por otra parte, la travesía parecía tocar ya á su término. Lo había dicho el buen marineró Kaszuba.



III

La tierra prometida

~~~~~

**A** la mañana siguiente, Lorenzo y su hija contemplaban absortos desde cubierta un objeto extraño, como una gran bola roja que se movía aquí y allá mecida por el movimiento del agua. Después, cuando el buque se hubo acercado algo á ella, descubrieren otra más lejos, y luego otra, y otra. Una especie de neblina ligera y transparente velaba el agua y el aire. El mar se rizaba apenas, y en el lejano horizonte blanqueaba una vela. Una espesa bandada de grandes aves, blan-

cas con alas negras, revoloteaba en torno del *Blücher*, en cuya cubierta reinaban un movimiento y una animación desusados.

Algunos marineros vestían sus trajes de fiesta; bruñían otros las guardaciones y pomos de cobre de á bordo; otros lavaban la cubierta.

En el palo mayor flotaba majestuosamente una bandera, y otra mayor aún en la popa.

Corrían atareados los pasajeros de un lado para otro, gorras al aire, como gentes que tocan al término de un viaje largo y peligroso. Muchos emigrantes subían á la cubierta del buque sus sacos, bultos y maletas, y los iban agrupando y reuniendo.

A la vista de todo aquel movimiento comprendió Marysia que debía estar cerca la tierra tan suspirada; díjolo á su padre, y su corazón se llenó poco á poco de un indecible sentimiento de quietud.

Cabalmente en aquel instante aparecía la isla de Sandy-Hock, y detrás de ella otra isla cubierta de magníficos palacios. La niebla, cuya den-

sidad parecía aumentar, formaba un fondo sombrío que daba más relieve á los contornos.

Aquella aparición excitó entre los emigrantes un entusiasmo que se tradujo en alegres y repetidas aclamaciones, y todos los brazos se extendían en aquella dirección. La máquina misma del *Blücher* lanzó á los aires un agudo y prolongado silbido como si participase de la alegría general.

—¿Cómo se llamará este lugar?— preguntó Lorenzo á media voz.

Y otra voz conocida respondió detrás de él:

—¡Nueva-York!

Era el marinero Kaszuba.

Avanzaba ligero el *Blücher* hendiendo con su proa las plateadas olas, y á medida que se acercaba á tierra distinguíanse con mayor limpieza, á pesar de la niebla, las casas, las aristas de los techos, los pináculos, las torres, las altas chimeneas, que despedían gruesos penachos de humo. Al pié mismo de la ciudad centenares de banderas de todos colores se balanceaban al impulso de la brisa en lo alto

de los palos de las embarcaciones ancladas en el puerto formando como un tupido bosque. Y cuanto más se acercaba el *Blücher* á la costa, más la ciudad iba reflejando su soberbia belleza sobre el fondo del mar.

Absorto en muda contemplacion, anegado su espíritu en un piélago de alegría inmensa, descubierta la cabeza, la boca abierta, el viejo campesino polaco no sabia apartar su vista de aquel espectáculo, hasta que por fin, volviéndose á su hija, exclamó:

—¡Marysia!

—¿Padre?

—¿Ves?

—Sí.

—¿Y no te parece eso magnífico?

—¡Oh! ¡sí!

No obstante, más aún que aquella vista maravillosa, lo que llenaba el alma de Lorenzo era un sentimiento de codicia. Y cuando sus ojos llegaron á distinguir las orillas verdeantes que se extienden á derecha é izquierda de la ciudad, exclamó con júbilo:

—¡Bendito sea Dios! Si me dan un lote de tierra en una de estas orillas

me quedaré cerca de la ciudad. De esta manera, al llegar la feria, podré llevar el ganado y venderlo fácilmente. Y yo, que en Polonia era un humilde campesino, llegaré á ser en tierra de América un rico propietario.

Luego el famoso Parque Nacional se dilataba ante sus ojos atónitos en toda su extension y en toda su magnificencia; y á la vista de aquellos macizos árboles cuidados con el mayor esmero el corazon del campesino se regocijaba hasta lo sumo.

—¡Oh!—murmuraba—me inclinaré ante el comisario y le rogaré hasta que me asigne dos fanegas de ese bosque. ¡Ya sabré yo convencerle! Por supuesto que si me dan un lote de tierra ha de ser en debida forma y en buen estado. Por la mañana me iré temprano á la ciudad á vender leña. ¡Bendito sea Dios! ¡Bien veo ahora que aquel alemán no me habia engañado!

Marysia tambien sonreía ahora al pensamiento de una existencia más placentera, más cómoda y más llena de satisfacciones, y pensaba en su Jas-

34979

UNIVERSIDAD DE MONTERREY  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, N.M.



ko cuando pobre y con el traje roto viniese á reunirse con ella, hecha ya una rica heredera.

Durante este tiempo la Sanidad habia enviado un bote conduciendo á dos individuos que subieron á cubierta, y gritando y gesticulando entablaron larga discusion con el capitán. Poco despues un segundo bote conducia una porcion de dependientes de fonda, cambistas, empleados de ferrocarril, guías, etc., que recorrían el buque en todas direcciones, vociferando y armando una barahunda indescriptible.

Unicamente Lorenzo y Marysia permanecian inmóviles, sin saber qué hacer y viviendo como en un sueño.

Acudió en su auxilio Kaszuba, aconsejando al viejo que cambiara su dinero por moneda del país, y aun se encargó él mismo de esta operacion por temor á que saliese engañado; y en cambio del corto peculio que traía Lorenzo le hizo entregar cuarenta y siete dollars.

En tanto el *Blücher* iba deslizándose rodeado por un cortejo de barcas

de pesca de todas formas y dimensiones. Ya no eran ahora solamente las casas lo que se veía, sino tambien multitud de gentes que iban por el muelle á sus negocios.

Por fin el buque entró en un estrecho anclaje y permaneció inmóvil.

Habia terminado la travesía.

Como los pájaros que vuelan fuera del nido, así aquella multitud abigarrada se lanzó á la pasarela que desde el buque conducia á tierra firme. Primero bajaron los pasajeros de primera clase, despues los de segunda, y los emigrantes fueron los últimos, encorvados bajo el peso de sus fardos y de sus bagajes.

Cuando despues de haber sido rechazados y empujados en todas direcciones, Lorenzo y Marysia alcanzaron á su vez la salida, encontraron al marinerio Kaszuba, que estrechando fuertemente la mano del viejo Lorenzo, dijo:

—¡Adiós, hermano! Quiera Dios concederte toda clase de dichas, y lo mismo á tí, hija mía!

—¡Dios os lo pague!—contestaron

á la vez los dos polacos, y no pudieron decir más porque la muchedumbre que se agolpaba en la pasarela los arrastró.

Un momento despues se encontraron en el despacho de la Aduana. El empleado estampó sobre su pobre fardo el sello de costumbre, de las estrellas de plata, y con un rudo *¡All right!* les indicó la salida.

Lorenzo y su hija se encontraron en frente de una ancha calle.

—Padre, — murmuró tímidamente Marysia;—¿qué debemos hacer ahora?

—Esperemos,—respondió Lorenzo.

—¿No dijo el alemán que á nuestra llegada se presentaria un comisario del Gobierno y se haria cargo de nosotros?

Y los dos se apoyaron en la pared esperando al comisario. A su alrededor la ciudad se agitaba con su extraordinaria intensidad de vida, y esto les tenia mudos y como espantados. Nunca habian visto semejante; calles anchas y regulares que se extendian hasta perderse de vista; multitud de personas yendo y viniendo

de todas partes como en una feria, y en medio omnibus, tranvías, coches y carros pesadamente cargados. Obreros, mercaderes, paseantes, todos para hacerse oír gritaban fuertemente; llenaban el aire mil ruidos diversos y palabras pronunciadas en una lengua desconocida.

A menudo pasaban hombres de negra tez y de cabellos crespos, y al acercarse el bueno del viejo y su hija hacian miedosamente la señal de la cruz.

¡Cuán extraña debia parecer á los dos campesinos aquella ciudad tan ruidosa, tan llena de movimiento, en que las locomotoras no cesaban de silbar, los coches de correr y los hombres de gritar!

Precisamente los recién llegados se encontraban en uno de los puntos en que el movimiento era más intenso; un muelle de atraque en el que los barcos dejaban su cargamento y embarcaban otro nuevo; y de ahí una fila interminable de carros circulando constantemente á lo largo del muelle.

Así transcurrieron algunas horas.

Apoyados en la pared, nuestros dos polacos esperaban siempre al comisario. En cualquiera otra ciudad su aspecto y su traje hubieran acabado por llamar la atención de algunos transeúntes, pero allí nadie se dignaba echarles una mirada siquiera. Los atareados habitantes de Nueva-York no son para detenerse á contemplar una fisonomía ó un traje que se sale de lo ordinario.

Transcurrió otra hora. El cielo se había cubierto de nubes; caía una lluvia mezclada con algunos copos de nieve y soplaban un viento frío y penetrante.

Lorenzo y Marysia seguían esperando al comisario.

Por mucha que fuese su paciencia, el pobre hombre sentía que un indecible tormento le retorcia lentamente el corazón.

Verdad es que en su larga y penosa travesía por la inmensidad del Océano se habían encontrado solos en medio de gentes desconocidas, desafectas, de lengua ininteligible; sin un solo amigo, sin amparo de nadie,

y sufriendo lo indecible; pero les sostenía una esperanza. Creían que en la opuesta playa la suerte cambiaría en favor suyo; ahora hollaban ya sus piés la tierra tan deseada, y sin embargo estaban más abandonados, más desesperados que nunca.

El comisario no venía... Pero ¿es que debía venir? ¿Les habría engañado aquel alemán? ¿qué sería, pues, de ellos?

Ante este terrible pensamiento los dos desventurados se sobrecogieron de espanto.

A la jóven campesina le castañeteaban los dientes.

—¿Tienes frío, Marysia?—preguntó Lorenzo.

—Sí, padre; ¡mucho!—respondió la jóven.

Uno y otra tenían sus vestidos calados por la lluvia, y el aire les penetraba hasta los tuétanos.

El día declinaba, y grupos de peones y de obreros del puerto desfilaban cantando, pues habían terminado el trabajo.

A la animación y al movimiento su-

cedieron poco á poco la quietud y el reposo. Encendiéronse las luces del alumbrado y los faros del puerto. Después se cerró la Aduana.

Llegó por fin la noche, y con ella la calma absoluta. De vez en cuando, rompiendo el silencio, oían solamente la voz aguardentosa de algun marinero que, más ebrio que de costumbre, regresaba cantando á bordo.

Lorenzo y Marysia, solos en medio de la ciudad dormida bajo la nieve, esperaban aún, esperaban siempre.

Y aunque no hubiesen querido esperar más, ¿en dónde refugiarse para reposar su cabeza fatigada?

El frío se hacia cada vez más penetrante, y para colmo de infortunio á él venian á juntarse los sufrimientos del hambre.

¡Pobres campesinos! la nieve caía sin intermision, y sus vestidos, calados de agua, se les pegaban á la carne.

Lorenzo sufría atrocemente; sentíase aplastado por un peso enorme que le obligaba á doblar la frente. Por momentos le parecía que el suelo cedia

bajo sus piés. Pero con la obstinacion propia del campesino polaco esperaba siempre.

Sacóle de su sopor la voz quejumbrosa de Marysia, trémula de frio.

—¡Padre!

—¡Silencio!... Nadie nos oye; nadie tendrá piedad de nosotros.

—¡Padre!... ¡volvamos á Lipinsk!...

—¡Caball! si quieres, échate al mar, ¡y andando!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!-- balbuceó Marysia.

Habia tal dolor en esta invocacion, que el viejo campesino quedó enterrecido.

—¡Pobre hija mia! — exclamó, — ¡Dios debería á lo menos apiadarse de tí!

Con la cabeza caída sobre los hombros, recostada contra la pared, Marysia acabó por cerrar los ojos. Un sueño pesado y febril se apoderó de ella, y en aquel sueño volvió á ver los campos y los bosques de Lipinsk y oír la cancion de su amado Jasko.

Terminó por fin aquella larga y triste noche, y la luz de la mañana

iluminó los cuerpos de los dos desgraciados polacos, que rígidos por el frío y cubiertos de nieve, yacian á lo largo de la pared, semejantes á dos cadáveres.



## IV

**Nostalgia**

CUANDO abandonando las anchas vías de Nueva-York se baja desde la de Broadway hacia Chatham-Square, despues de seguir por algunos callejones encuéntrase un barrio pobre y triste en el que todas las casas ofrecen el más miserable aspecto.

En lugar de líneas rectas y prolongadísimas, objeto de gran predileccion para los americanos, aquí todo es tortuoso, y las ventanas de los bajos apenas si se elevan algunas pulgadas sobre el arroyo.

La posición misma de esta parte de la ciudad hace que las calles estén casi siempre como anegadas en el mar y que las plazuelas diseminadas aquí y allá parezcan otras tantas lagunas de agua pútrida y negruzca. Las ventanas de las casas se reflejan en aquella agua por cuya superficie bogan pedazos de cacharros, trapos é inmundicias de toda suerte. El fango, el abandono y la miseria reinan allí como dueños absolutos.

Allí se encuentran las *Boarding Houses*, posadas en las cuales por dos dollars á la semana se tiene cama y cubierto por la noche; los *bar-rooms*, tabernas á donde acuden los balleneros para reclutar á los desocupados á fin de completar sus tripulaciones; fondas ó mejor figones en los cuales los patronos sirven á sus parroquianos comidas compuestas de salazones, pescados y otras que la marea abandona á la orilla.

En aquellos sitios encuentran con demasiada facilidad un refugio el crimen, la miseria, las lágrimas y el hambre.

Allí también va á parar la muchedumbre innumerable de los emigrantes que no han podido encontrar sitio en *Castle Gardens* ó en las casas de trabajo. Allí se amontonan, viven y mueren.

Si en América se considera generalmente á los emigrantes como la hez de los pueblos europeos, puede decirse con mayor razón que los habitantes de aquel barrio neo-yorkino son la hez de los emigrantes, gentes que en su mayoría se abandonan á la pereza, á la inercia, á la vagancia, sea por falta de trabajo, sea por un profundo horror al mismo.

A menudo, por la noche, las canciones de los irlandeses, los gritos agudos de los negros, tienen por eco disparos de armas de fuego, gemidos de socorro y lamentos ahogados de dolor; mientras que durante el día, por el contrario, véanse individuos con el sombrero ladeado y la pipa en la boca, rondando de aquí para allá sin hacer nada, contemplando tranquilamente una lucha de *boxeo* y haciendo apuestas sobre su resultado final.

Los niños, en lugar de ir á la escuela, se arrastran todo el dia por el fango de las calles en busca de un bocado de algunas legumbres, plátanos ó naranjas. Y si ocurre alguna vez que pase por allí algun extranjero, una turba de mujeres andrajosas corren á tenderle la mano y pedirle una limosna.

En este refugio de la miseria encontramos á Lorenzo Toporek y á Marysia tres meses despues de su llegada.

La esperanza de llegar á ser propietario de un vasto dominio se habia disipado muy pronto, como las ilusiones de una imaginacion juvenil. En lugar de los soñados campos el viejo y su hija se encontraban delante de una tristísima realidad: un destartado chiribitil con una sola ventana sin vidrios, y por todo mobiliario un viejo hornillo, una mesa de tres piés y un monton de paja para descansar los huesos.

Lorenzo, acurrucado delante del hornillo, urgaba en las cenizas con la esperanza de encontrar aún algunas

patatas. Marysia, sentada sobre la paja, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba fijamente al suelo.

La pobre niña daba compasion de ver; enferma, enflaquecida, las mejillas lívidas; y sólo sus ojos, sus grandes ojos que miraban en torno suyo como alocados, parecian aún más grandes.

Lorenzo tambien habia sufrido mucho.

En el semblante de los dos se leían claramente las huellas del dolor, de las privaciones de todo género, y sobre todo de su prolongada permanencia en un lugar húmedo y malsano.

Se les habia concluido el dinero hasta el último centavo, y carecian hasta de patatas. ¿Qué hacer, pues?

El viejo campesino habia ciertamente tratado de ganar algo trabajando en el puerto, ya como faquin, ya como descargador de carbon: mas para eso hubiera debido procurarse un carreton.

Además, los irlandeses, celosos como siempre de la concurrencia de un trabajador extranjero, le habian arro-

jado del puerto á empellones y á puñetazos.

Entonces, con su hacha en la mano, se habia presentado en diversos talleres, buscando trabajo, pero inútilmente. Por otra parte ¿para qué trabajo hubiera podido servir si no comprendia las órdenes que se le daban?

Así, en la imposibilidad de trabajar y de ganarse el pan, el corazón de Lorenzo se habia cerrado á toda esperanza, y sus cabellos se habian vuelto como la nieve. Poco á poco su miserable peculio se habia agotado y el hambre habia venido á sustituirlo.

¡Cuánto echaba de menos á su país! ¡cuán fácil le hubiera sido la vida en él! Aun reducido á la miseria por su desgracia, quebrantado el cuerpo por la enfermedad, sin pan, sin hogar, hubiera podido coger un baston y encontrar un pequeño sitio en el atrio de la iglesia ó en la esquina de una calle, gemir y cantar suplicando: «¡Dios mío, tened piedad de mis lágrimas!» Y el rico propietario, el acomodado menestral, el vecino, el transeunte, le habrian dado una limosna.

¡Oh, sí! La vida le hubiera sido muy fácil en su país. Habria pasado sus dias á la sombra de la cruz; arriba hubiera visto su hermoso cielo azul, y en torno suyo el verdor de sus campos.

En medio de aquella paz y de aquel silencio tranquilo, Dios habria escuchado ciertamente sus súplicas.

Pero aquí, en esta ciudad inmensa, la vida muge como el vapor en una enorme caldera; todos viven impacientes; nadie se preocupa por la suerte de sus semejantes; todos se lanzan adelante sin conceder un pensamiento á la miseria de los compañeros que caen extenuados al borde del camino.

Esas reflexiones extraviaban la cabeza del infeliz campesino; sus brazos caian inertes; sus ojos no podian ya ver nada, y sus pensamientos se revolvian confusa y vagamente.

¡Todo aquello le era tan extraño, tan insólito, y sobre todo tan repugnante!

¡Qué cambio tan diametralmente opuesto el suyo! En Lipinsk poseía un campo, vivia en situacion desahoga



da, estimado de sus conciudadanos, y el domingo iba como todos á la iglesia y encendia un cirio ante el altar.

Por el contrario, en Nueva-York era el último de los últimos, y por doquier se le habia echado brutalmente como á un perro.

No le quedaba ya más que un recurso; rezar por última vez una oracion y matarse matando á Marysia. ¿Lo haría? ¡Oh, no! La muerte no le asustaba á él, pero... ¿Marysia? Cuando Lorenzo pensaba en su hija, no sólo se sentia abandonado de Dios, sino á punto de perder la razon.

Negro, muy negro veía el porvenir; pero habia otro dolor que le roía el corazon: era como un áspero deseo que le causaba una pena cuyo nombre ignoraba: aquella pena le atormentaba dia y noche, tanto más cuanto que ni habria podido decir la causa de su sufrimiento ni el objeto hácia que se lanzaba su corazon.

¡Pobre y cándido campesino! Lo que le faltaba era la vista de los bosques, de los campos, de las modestas cabañas de su tierra natal; la compa-

ñía de sus compatriotas, y todas aquellas cosas que viven aún bajo el hermoso cielo de Polonia.

Sentia un peso desconocido que le aplastaba y le obligaba á inclinar la frente al suelo. A veces se apoderaba de él una especie de frenesí, llevándole á mesarse los cabellos, á dar de cabezadas contra la pared, á echarse de cara á tierra, á lamentarse, á lanzar imprecaciones contra la populosa ciudad, á llamar á alguien en su socorro... Pero ¿á quién? A su alrededor no oía más que tumulto ensordecedor; ninguna voz respondia á la suya, y no habia una cruz donde detener una mirada suplicante.

En Nueva-York, ciertamente, los polacos son numerosos, pero ninguna persona rica, entre ellos, habita los alrededores de *Chattam Square*.

Ocho dias despues de su llegada, Lorenzo y Marysia habian trabado conocimiento con dos familias polacas, originarias la una de Silesia y la otra del ducado de Posen, reducidas á la mayor miseria.

En la una, apenas desembarcada en

América, en poquísimo tiempo morían dos de los niños, y el tercero, aunque gravemente enfermo, dormía bajo un puente con sus padres hacia dos semanas. Durante todo este tiempo sólo habían podido vivir con los desperdicios encontrados en la calle.

El niño había sido enviado al hospital y no se habían tenido más noticias de él.

El jefe de la otra familia estaba igualmente muy enermo.

Marysia había ayudado á las mujeres lo mejor que había podido, pero ahora era ella la que tenía necesidad de socorro.

Hubieran podido dirigirse á la iglesia polaca de Hoboken, donde el Cura les hubiera recomendado á la caridad de sus compatriotas, pero ambos ignoraban su existencia; y aun cuando la hubiesen conocido, no hubieran sabido encontrarla, pues á nadie entendían y de nadie sabían hacerse entender.

Así transcurrieron los días.

Lorenzo, siempre acurrucado delante del hornillo, iba hurgando en

las cenizas esperando encontrar aún algunas patatas, y Marysia, sentada sobre la paja, continuaba mirando fijamente al suelo.

La pobre niña tenía hambre, pero sufría sin quejarse.

A menudo transcurrían días enteros sin que padre é hija cambiasen una sola palabra.

Aquel silencio era pesado y doloroso; pero ¿qué hubieran podido decirse? ¿que no poseían ya ni un céntimo, que tenían hambre, que les estaba prohibida toda esperanza? Cuando la herida mana sangre, vale más no tocarla.

Era algo más de medio día. Fuera, el aire se impregnaba con los primeros calores del verano, y sin embargo en su húmedo y sombrío tugurio los dos temblaban de frío. Por fin el viejo se levantó.

—Marysia,—dijo;—no puedo soportar más este frío ni tú tampoco. Quizás tendré la suerte de recoger un poco de leña. Volveré en seguida.

La jóven no respondió.

Lorenzo salió, dirigiéndose al puerto.

La necesidad le habia enseñado aquel camino y lo reconocia entre todos los otros, como le habia enseñado igualmente á pescar los cajones vacíos y los trozos de madera que la pleamar empuja á la orilla.

No era raro que en aquella pesca recogiese algunos puñetazos, pero tambien le ocurría recoger algo útil, restos de alimentos arrojados al mar desde los barcos.

Por otra parte, encontraba en esto por lo menos el olvido momentáneo de aquella pena, para él sin nombre, que le perseguía incesantemente.

Aquel dia llegó á la playa á la hora de comer. Estaba casi desierta, y algunos pilluelos que por ella vagaban le acogieron con groseras cuchufletas y le arrojaron puñados de fango y conchas vacías. Lorenzo aguantó firme. A corta distancia veía flotar astillas de maderas y ramas, y algunos instantes despues, habiéndolos empujado una ola cerca de la orilla, pudo cogerlos.

Algo más lejos, en la superficie del agua, veía tambien restos, mondadu-

ras de legumbres. Quizás habia allí con que aplacar su hambre, pero desgraciadamente eran demasiado ligeras para que la ola las empujase hasta la orilla, y el pobre hombre no pudo alcanzarlas.

Más afortunados que él, los mismos vagabundos que le habian ya maltratado se apoderaron de ellas con auxilio de un largo bramante que habian traído adrede.

Lorenzo, sin perderles de vista, esperaba impaciente á que se fueran para arrojarse sobre los restos abandonados por ellos, y comérselos á falta de otra cosa. Su hambre era tan grande, que en aquel momento se olvidaba de su hija, que no habia probado nada hacia cuarenta y ocho horas.

Afortunadamente aquel dia la suerte debia apiadarse de los dos desgraciados.

Al volver á su casa Lorenzo vió un gran carro cargado de patatas y atascado en medio del camino. Una de sus ruedas se habia hundido en un bache, y el carro no podia moverse.

Entonces Lorenzo se acercó para arriar el hombro y ayudar al carretero. El vehículo era pesado, y en vano se fatigaban. Por fin, con auxilio de los caballos y merced á un esfuerzo supremo, pudieron salir de su empeño.

Sobre el fango habian caído gran cantidad de patatas, pero el carretero no pensó en manera alguna en volverlas á cargar, sino que, dando las gracias al campesino, arreó sus caballos y se alejó.

Lorenzo se bajó precipitadamente, cogió las patatas y se las metió en los bolsillos y entre la ropa y la piel.

Parecíale haberse quitado un peso enorme del pecho, y mientras corria hácia su cuchitril iba murmurando:

—¡Alabado sea Dios, que se ha compadecido de nuestra miseria! No he podido recoger mucha leña, pero Marysia podrá encender un poco de fuego, y con las patatas que traigo tenemos para dos dias. Dios se apiada de nosotros. ¡Pobre hija mía! Van ya dos dias que no come nada. Dios siempre es bueno, ¡bendito sea!

Y como si llevase encima un gran

tesoro, elevaba al cielo una mirada llena de gratitud cual muda accion de gracias.

Durante la ausencia de su padre Marysia no se habia meneado. De ordinario, cuando Lorenzo traía leña, encendia el fuego, iba por agua, comia algun bocado; despues se tendia sobre la paja, y por espacio de largas horas miraba inmóvil la leña que el fuego iba consumiendo.

Desde los primeros dias de su llegada Marysia habia buscado trabajo, hasta que por fin logró entrar como lavandera en una *boarding house*; pero la pobre muchacha, no sabiendo hablar ni hacerse comprender, ni, por otra parte, siendo muy hábil, fué despedida al cabo de dos dias, y desde entonces no pudo encontrar otra ocupacion.

Pasábase ahora dias enteros encerrada en casa, y no queria ni siquiera salir á la calle, por temor á los irlandeses ó los marineros borrachos. Y en aquella inaccion forzada sentíase más desgraciada aún.

Estaba triste, abatida, pues que á

sus sufrimientos y á la plena conciencia de su miserable condicion se añadia el recuerdo de su amado Jasko.

—Donde quiera que vayas me reuniré contigo,—la habia dicho.

Pero ¡cuántas otras esperanzas habian acariciado al partir, y se habian desvanecido todas!

No era él más que un simple campesino, empleado como palafrenero en casa de un rico propietario; pero además poseía un pequeño patrimonio, un campo que era bien suyo. Ella ahora no era más que una infeliz muchacha reducida á la mayor miseria.

¿Volveríale á ver?

Y aun suponiendo que se presentase inopinadamente, ¿no la rechazaría al verla, exclamando: «¡Quita allá, mendiga!»

En efecto, ¿qué era más que una mendiga? ¿Qué poseía fuera de sus harapos? Si en tal estado la vieran en Lipinsk, los perros no dejarían de ladrarla.

Y, no obstante, algo como poderoso imán la atraía siempre hacia la patria lejana. Su alma hubiera querido,

como un ligero pájaro, cernerse por encima de la inmensidad del mar, llegar de un solo vuelo á su querido país, aun con la certeza de morir al tocar en él.

Porque allí vivía todo su bien, su Jasko, y aun cuando no hubiese más en la tierra, teniéndole á él, ya nada faltaría á su felicidad.

Al principio, cuando el fuego ardía durante muchas horas en el hornillo y el hambre no la atormentaba, el reflejo de la llama hacia acudir á su espíritu el recuerdo de las largas noches pasadas en Lipinsk, cuando sentada con sus compañeras hilaba entre francas risas y alegres pláticas.

Sobre todo recordaba aquella noche en que Jasko, acercándose á ella, le habia dicho al oído:

—Marysia, pronto iremos juntos al altar, porque te quiero... ¡te quiero tanto!

Y ella le habia respondido:

—Cállate, no digas mentiras.

Pero ¡se habia sentido tan dichosa con aquellas palabras del enamorado Jasko!

¡Y aquella otra noche en que, empuñado Jasko en que bailase con él, se cubria los ojos con ambas manos y decia con voz queda:

— ¡Déjame, déjame! ¡me da vergüenza!

Y embargada su mente con tan dulces recuerdos, corrian abundantemente de sus ojos silenciosas lágrimas.

Ahora parecia haber perdido el poder de llorar, y sus lágrimas caían amargas, dolorosas en su corazón, aplastándolo con insuperable peso. Sentíase cansada, rendida, sin fuerza alguna, ni aun para pensar. Sufria pacientemente, sin quejas ni exclamaciones, con sus grandes ojos azules mirando allá abajo, muy lejos, como los de un pajarito herido.



## V

**Golpe cruel**

**M**ARYSIA esperaba sentada sobre la paja, cuando descargaron un golpe violento en la puerta. Pensó que volvía su padre, y permaneció inmóvil; pero pronto se estremeció viendo aparecer el propietario de aquel cuchitril en que vivían; un mulato de brutal aspecto, sucio, los vestidos rotos y masticando tabaco.

¡Desgraciados! debían pagarle por adelantado un dólar por semana, y en aquel momento no tenían un centavo.

Marysia no podía hacerse compren-

der más que por signos, y se echó de rodillas á los piés del mulato.

—Vengo á buscar mi dollar,—dijo éste con aspereza.

La jóven sólo comprendió la palabra «dollar», y entonces, sacudiendo la cabeza, tendiendo los brazos, trató de hacerse comprender, de explicar que hacia dos dias padecía hambre, y trató de conmovérle, exclamando con voz lastimera:

—¡Mi buen señor, Dios os lo recomendará!

El *buen señor*, ignorando el polaco y comprendiendo, no obstante, que allí no habia dollar alguno, cogió brutalmente con una mano la ropa que allí vió, con la otra el brazo de la jóven, y lo arrojó todo en el fango. Despues, dando un puntapié en la puerta de una taberna vecina, gritó:

—¡Eh! ¡Paddy! Ahí tengo un cuarto para tí. Puedes disponer de él ya esta noche.

—*All right!*—respondió desde el interior una voz grosera.

El mulato desapareció.

La infeliz Marysia, sola en medio

del arroyo, recogió los vestidos esparcidos y entremezclados con la basura, hizo con ellos un paquete que arrimó á la pared, y esperó la vuelta de su padre.

Los borrachos ya no la perseguian ahora, y si algun transeunte fijaba en ella una mirada, era de compasion. Y á la verdad, en plena luz del dia, al ver á la pobre muchacha con sus labios blancos, sus mejillas lívidas y su rostro marchito, hubiérase dicho que habia sufrido una larga y dolorosa enfermedad. Sólo sus rubios cabellos conservaban su belleza.

Una vieja se detuvo delante de ella y le dijo algunas palabras en lengua desconocida. No obtuvo respuesta y se fué.

Lorenzo, entre tanto, apresuraba gozoso su vuelta, y animado por la buena suerte que habia tenido tan inesperadamente, prometiase volver al puerto al dia siguiente y andaba pensando en la manera cómo guisaria sus patatas. En aquellos momentos su espíritu no podia fijarse en otras ideas. ¡Efectos del hambre!

Cerca ya de su casa, vió á su hija de pié, en el arroyo, y apresuró el paso, oprimido ya el corazón por el presentimiento de una nueva desgracia.

—¿Qué haces ahí?—gritó al llegar cerca de ella.

—¡El propietario me ha echado fuera!

—¡Te ha echado!

¡Esto era ya demasiado! ¡Ser arrojados de su mísera vivienda cuando traía un poco de leña y algo que comer! ¿Cómo, pues, encender lumbre? ¿Cómo aplacar el hambre?

Trémulo de dolor y de indignación, el pobre viejo iba y venía con paso jadeante, juraba, imploraba á Dios, miraba á su hija con ojos extraviados y repetía sin cesar, lleno de coraje:

—¡Echado de casa! ¡arrojado á la calle como un perro!

Súbitamente, se arrancó el gorro, lo arrojó en el fango, lo pisoteó, gritando á su hija:

—¿Es que no le has suplicado, imbecil?

La pobre niña lanzó un doloroso suspiro, exclamando:

—¡Y tanto como le he suplicado!

—Pero, ¿te has arrojado á sus piés?

—Sí...

Lorenzo brincó como un ciervo herido.

—¡Valiera más para tí que estuvieras bajo tierra!

—¡Oh, padre! ¿Es culpa mía si nos ha echado?—le respondió ella con dolorosa mirada.

—Estáte ahí y cuidado con moverte. Vuelvo en seguida.

Diciendo esto entró en casa del mulato, y á poco se oyó en el interior un pataleo furioso, gritos de cólera, y luego Lorenzo echado fuera, empujado evidentemente por una mano vigorosa que le hizo rodar por tierra.

Levantóse en seguida y volviéndose hácia su hija, dijo con tono decidido:

—¡Vamos!

Y se puso en marcha.

Marysia recogió el petate, que por ligero que fuese pesaba aún demasiado para sus débiles fuerzas, y caminando con trabajo siguió á su padre.



El aspecto de aquellos dos infelices era ciertamente para llamar la atención de los transeuntes, pero todos también vivían allí en la más profunda miseria, y aquel espectáculo érales desgraciadamente demasiado familiar.

¿Dónde iban aquellos dos seres desvalidos? ¿Les reservaba tal vez el destino pruebas y dolores mayores aún que los de su vida pasada?

A medida que la joven avanzaba le faltaba el aliento, y casi á cada instante vacilaba como pronta á caer. Por fin se decidió á llamar á su padre.

—¡Padre!—gritó con voz suplicante.—Tomad este bulto, que yo no tengo más fuerza.

Lorenzo se detuvo bruscamente, y como despertando de un sueño la miró y contestó en seguida con aspreza:

—En este caso, ¡tíralo!

—¡Padre! ¿Si lo necesitamos?

—No; no lo necesitamos ya.

Y como viese que Marysia vacilaba aún, gritó descompuesto:

—¡Tíralo, te digo, ó te mato!  
Marysia, espantada, obedeció, y siguieron andando.

Lorenzo repetía á cada instante, como frenético:

—Pues el destino lo quiere, ¡sea!

Calló al fin, y después de haber atravesado muchas calles, llegaron al puerto y se detuvieron al borde del agua, cerca de los astilleros.

Allí, entre montones de jácenas y tablones, multitud de hombres, ocupados en la construcción de buques, iban y venían sin cesar.

Marysia se dejó caer sobre un tronco de árbol, imposibilitada de dar un paso más, y Lorenzo, de pié cerca de ella, permanecía silencioso.

Serían las cuatro de la tarde, y en el puerto el trabajo se hallaba en plena actividad.

En el horizonte se diluía la niebla mientras que el sol derramaba por doquier su luz y el calor de sus rayos, aun sobre aquellas dos desgraciadas criaturas cuyos ojos estaban cegados por sus resplandores. Y del mar llegaba una agradable brisa primaveral.

En el puerto los buques, dispuestos ordenadamente, elevaban al aire sus mástiles y sus chimeneas. Vapores, veleros, embarcaciones de todo género movíanse en todas direcciones; en lontananza las velas desplegadas tomaban el aspecto de nubecillas blancas que corrian por el azul del mar, y los grandes buques que salian del puerto cubrian de blanca espuma la superficie del agua.

Al verles alejarse lentamente, el corazón de Marysia se iba tras ellos, y con el espíritu conturbado preguntábase de qué pecado se habian hecho culpables ante Dios para tenerles á su padre y á ella abandonados en medio de aquel pueblo desconocido; y por qué, entre tantos barcos como partian para Europa, no habia de haber uno á lo menos que les llevase también á ellos.

Entonces se le representaba con más viveza que nunca su pueblo natal, y sobre todo veía ante sus ojos la imagen de su bien amado Jasko; y pensaba:

—¿No me habrá olvidado?

¡Pobre Marysia! En su estado de debilidad no sentia ya el aguijon del hambre; experimentaba solamente un gran cansancio en todo el cuerpo y una inmensa necesidad de reposo que le cerraba los ojos: trataba de resistir, pero volvía á caer en su sopor; su rostro parecia cada vez más lívido y en él aparecian mayores las huellas del sufrimiento. Sumida al fin en profundo letargo, encontróse de vuelta en su país, y junto á ella estaba Jasko. Despues, trocada en otra la confusa vision, arrojábase Marysia al agua, allá, en lo más hondo, y despertando sobresaltada, miraba en torno suyo con ojos espantados.

No era Jasko quien estaba allí; era su padre.

En tanto, las olas que venian del puerto se dilataban, se ensanchaban y morian con suave murmullo en la orilla.

Una paz serena se extendia por la naturaleza entera; todo parecia sonreir, todo parecia cantar un canto de alegría. Sólo el viejo polaco estaba triste; sólo su hija estaba desesperada.

da. Los obreros, despues de su trabajo, se volvian á casa cantando. ¡Ellos no tenian casa!

Lorenzo sufría cruelmente del hambre. Estaba sentado cerca de su hija y permanecía cabizbajo y taciturno mientras que su espíritu enloquecido maduraba la más terrible de las resoluciones.

Quien hubiese visto su rostro en aquel momento habria quedado asustado: tal era su aspecto de ferocidad, que el hambre aguzaba aún.

Despues, cuando cerró la noche envolviéndoles en un silencio profundo, Lorenzo dijo con voz siniestra:

—¡Marysia! vamos.

—¿A dónde, padre?—preguntó la jóven sorprendida.

—Debajo de ese puente de madera. Hay allí unos tablones donde podremos tendernos para pasar la noche.

Y echaron á andar.

En medio de la oscuridad debian ir con tiento para no caer.

Detúvose al fin Lorenzo, y dijo:

—Dormiremos ahí.

Marysia se dejó caer sobre los ta-

blones, y pronto cedió al irresistible sueño.

No así su padre, cuyo espíritu era presa de vivísima agitacion.

Permaneció, no obstante, un rato inmóvil y silencioso.

—¡Marysia!—gritó de repente,— ¡despierta!

La jóven levantóse con sobresalto.

—¿Qué queréis, padre?

—Hija, tú no debes morir de hambre, ni quiero que vayas á mendigar tu pan... Los hombres y Dios mismo te han abandonado... La desgracia te ha herido y llevado á la ruina... La muerte te tiende los brazos.. No temas; el agua es profunda; no tendrás casi que sufrir.

La voz de Lorenzo resonaba sombría en el profundo silencio de la noche.

Marysia, con los ojos agrandados por el terror, trataba vanamente de distinguir en medio de las tinieblas el rostro de su padre.

—Te arrojaré al mar, niña desgraciada,—añadió,— y en seguida me arrojaré yo. No hay otra salida para

nosotros: la muerte es nuestro solo refugio... Y mañana no tendremos ya más hambre.

¡Morir! ¡no! Marysia no quería morir. A los dieciocho años se tiene apego á la vida, y todo su sér se rebelaba al pensamiento de que, al día siguiente, no sería más que un cadáver frío, inerte, teniendo por tumba el mar. Un indecible espanto se apoderó de su espíritu, y la lúgubre y acompasada voz de su padre, que en la oscuridad le hablaba de muerte, le parecía la voz del espíritu maligno.

Lorenzo apoyaba su brazo sobre el enflaquecido hombro de la jóven, y con el mismo acento continuó:

—En vano sería que gritases, porque nadie te podría oír. De un solo empujon te tiro al agua y en un abrir y cerrar de ojos queda todo concluido.

—¡No! ¡no! ¡Padre mío! ¡por piedad! ¡yo no quiero morir! Roguemos á Dios... esto será mejor... ¡tened piedad de mí! ¿Qué os habré hecho yo para que me hagais morir? ¿me he quejado yo nunca en nuestra miseria? ¿No he sufrido en silencio el hambre,

el frío, todas nuestras desgracias?... ¡Oh! ¡padre! ¡padre!

Lorenzo no respondió una palabra, pero su resuello cada vez más jadeante y la fuerza con que sus manos estrechaban á la niña atestiguaban su extravío mental.

En vano Marysia con voz suplicante imploraba clemencia y pedia á su padre que no la matase; en vano, con sollozos y lágrimas, se agarraba á su vestido y se esforzaba en besar las manos que querían sumergirla en la nada. Aquellas lágrimas, aquellos sollozos, aquellas caricias parecían producir un efecto contrario en el ánimo extraviado y furioso de Lorenzo, porque súbitamente, en un acceso de frenesí, su garganta contraída no dejó pasar más que rugidos de rabia; luego un rechinamiento lúgubre hizo vibrar las tablas del puente, y hendió el aire un grito desesperado de «¡Piedad! ¡socorro!» lanzado por Marysia.

Pero ¿qué piedad, qué socorro podía esperar la infeliz criatura en medio de aquella noche silenciosa y ne-

gra, en aquel puente apartádo y solitario?

Lorenzo, como atacado de locura homicida, empujaba hácia el abismo á su hija y golpeábale en la cabeza, mientras ella forcejeaba desesperadamente.

Falta ya de fuerzas, sólo sus manos la retenían á los vestidos de su padre, que cedían bajo su peso. Lanzó un suspiro, echóse atrás en una convulsion, y encontrando una pieza de madera se agarró á ella como un náufrago se coge á la última tabla de salvacion.

Así permaneció en el espacio, sostenida solamente por las manos, y su padre ¡horrible es decirlo! golpeó aquellas manos para hacerlas abandonar su sostén.

En aquel instante supremo cruzó un rayo por el espíritu de la pobre Marysia: volvió á ver instantáneamente á Lipinsk, el pozo, la partida, el vapor, la tempestad, los sufrimientos y el tugurio de Nueva-York... Pero en aquel mismo instante también se realizó un milagro. Desde el

fondo del agua salió un barco que elevándose se agrandó sin cesar y llegó á ser como una montaña, y en él había mucha gente, de en medio de la cual, en plena luz, se extendieron dos brazos hacia Marysia. Allí estaba Jasko, que venía en su socorro, y por encima de él, en una aureola de rayos de oro deslumbrantes, vió á la Madre de Dios en toda su gloria.

Pero ¡ah! que aquella celeste vision duró solo un momento, y comenzó á desvanecerse.

—¡Oh Virgen bendita!... ¡Jasko!... ¡un instante más!... ¡Mirad, padre, es la Virgen!

Acto contínuo notó Marysia que aquellas mismas manos que la precipitaban en el abismo, la levantaban con fuerza sobrehumana. ¡Estaba salvada!

Desfalleciente, pero con alegría indecible, sintió de nuevo la tierra bajo sus piés, y luego sollozos comprimidos y unos brazos que la estrechaban apasionadamente, no ya con sentimientos de fiera, sino con una ternura infinita y cariñosa... Y Marysia,

con la cabeza apoyada sobre el pecho de su padre, se desmayó.

Al recobrar sus sentidos, sintió la frente de su padre inclinada hacia ella. Sollozos desgarradores levantaban su pecho, y clamaba con voz ahogada:

—¡Marysia, Marysia! ¡ángel mío! ¡perdóname!

Ella buscó á tientas su mano, la llevó á sus labios y dijo con voz débil:

—Padre, que Dios os perdone como yo os perdono.

Y allá en el horizonte brillaban algunos blancos fulgores.

La luna aparecía esparciendo por doquier sus rayos argentinos, y por segunda vez Marysia vió algo prodigioso.

Legiones de ángeles volaban por el espacio iluminado, se inclinaban á ella y agitando sus alas de oro murmuraban como un coro de dulces voces infantiles:

—¡Paz sobre tí, pobrecita infortunada! ¡Paz, pobre florecita silvestre! ¡Niña humilde y paciente, la paz sea contigo!

Y á la vez acariciaban su frente con lirios de cálices nevados... Y los lirios cantaban; cantaban también estas palabras apenas perceptibles:

—¡Duerme, pobre niña, duerme en paz!....

Sentiase dichosa, muy dichosa, y en aquella impresion de beatitud sus ojos se cerraron lentamente en profundo sueño.



## VI

### **Bonanza**

Poco á poco el cielo blanqueó á los primeros destellos de la aurora, reflejándose en las aguas, y salieron de la oscuridad los mástiles y las velas de los barcos, que la luz del día hacia cada vez más distintos.

Lorenzo estaba arrodillado cerca de su hija y la miraba tristemente.

Acostada sobre un lado, cerrados los ojos y pálido el rostro como la cera, permanecía sin movimiento y sin calor, como si hubiese exhalado su último suspiro.

Marysia no daba señal de vida. Una terrible duda asaltó al pobre viejo, y sintió en el corazón un golpe como si él mismo fuese á morir. Desesperado de dolor, le aplicó la mano en la boca y sintió un ligero soplo: respiraba aún, su corazón latía, pero débilmente, y comprendió que cada momento que transcurría podía ser el último para ella.

¡Oh! ¡Si á lo menos el día estuviera sereno y el sol pudiese calentarla con sus benéficos rayos! Como para protegerla con sus alas, comenzaban á revolotear las gaviotas. Soplaban de Occidente una brisa que dispersó la niebla matinal, y por fin se elevó el sol. Sus primeros fulgores vinieron á rozar lo alto de la plataforma. Después se posaron dulcemente sobre el rostro de Marysia, y los rayos dorados, y los cabellos rubios, todos enredados por la humedad y la lucha de la pasada noche, rodearon su rostro como de un doble nimbo de luz. ¡Cuánto la habían desfigurado la desgracia y las privaciones!

Un día espléndido de primavera se

elevaba sobre el mar. Aumentaba el calor del sol; la brisa soplabá dulcemente y las gaviotas revoloteaban siempre más cerca, como si quisieran velar el sueño de la pobre niña.

Lorenzo se quitó la chaqueta y cubrió con ella á su hija. La esperanza de que le sería conservada á su amor le daba fuerza.

Ya las facciones de Marysia parecían tomar un tinte suavemente rosado. Por fin una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y luego levantó los párpados.

Postrado en tierra, Lorenzo rezaba, y por sus ojos corrían libremente copiosas lágrimas de alegría. Ahora sentía que aquella criatura era la niña de sus ojos, el alma de su alma, una reliquia venerada entre todas las cosas del mundo.

Marysia al fin se despertó, sintiéndose más reposada, más fuerte que otros días.

Aquella noche pasada bajo el cielo estrellado, respirando el aire puro y salubre del mar, le había procurado un descanso mucho más bienhechor



que su largo reposo en la atmósfera pesada é infecta de su tugurio.

Despertábase para volver á la vida, y sus primeras palabras fueron:

—¡Padre! Tengo hambre.

—Vén, hija mía,—dijo Lorenzo.—

Vamos á buscar por la orilla del mar. ¡Quién sabe! ¡quizá encontraremos algo!

Felizmente para ellos, el dia que empezaba debia ser, en su lastimosa existencia, como un fresco oasis.

No habian caminado mucho cuando descubrieron, colgado de un poste, un saco que contenia tocino, pan y maíz tostado, envueltos en una servilleta.

¿Acaso algun obrero se lo habia olvidado allí, ó reservado para el dia siguiente? Lorenzo y su hija no quisieron contentarse con esta sencilla explicacion. El caso les pareció providencial. Indudablemente era obra de Dios, de Dios tan sólo, que provee á las necesidades de los pájaros en el aire, de los peces en el agua y de las flores en la tierra: de Dios, solo grande, bueno y misericordioso.

Repartiéronse aquellas vituallas, bien poca cosa para el hambre que les atormentaba, y luego despues emprendieron el camino del puerto, algo reanimados y mejor dispuestos.

Tomaron la direccion de la *Broadway*, caminando al azar, pero un presentimiento persuadia á Marysia de que era menester que llegaran á la ciudad.

Multitud de vehiculos de todas clases se dirigian hácia el puerto: salian ó entraban en las casas gentes atareadas, yendo cada cual á sus ocupaciones. Todo era actividad y movimiento.

De una casa de magnífica apariencia salió un sujeto de buen porte, de edad ya proveceta, de barba y cabellos grises, y acompañado de un jóven.

Miró á los dos infelices, fijóse en sus gruesos trajes deshilachados y en su aspecto de miseria, y una impresion de sorpresa pasó por su fisonomía. Detuvo una vez más en ellos su mirada, los observó con persistencia y despues se sonrió.

Para nuestros dos campesinos era un sueño encontrar en una ciudad

tan grande como Nueva-York un rostro humano que les dirigiese una sonrisa benévola; pero mayor fué su admiración viendo acercárseles el caballero de edad y preguntarles en puro acento polaco:

—¿De dónde sois, buenas gentes?

Mudos y estupefactos por la sorpresa, ni uno ni otro pudieron responder una palabra. El campesino dió un paso atrás, no pudiendo creer á sus ojos, mucho menos á sus oídos.

Más pronta en serenarse, Marysia hizo primero una profunda reverencia al desconocido interlocutor, y tendiendo en seguida hácia él sus manos juntas le dijo, llena de emoción:

—Somos de la provincia de Posen, buen señor; somos de la Posnania... Aquí estamos sufriendo miseria, frío y hambre...

Y el llanto ahogó su voz.

Sin vacilar más, Lorenzo se arrojó á los piés del caballero, le cogió un faldón de la levita y lo besó con respeto, guardándolo en sus manos como si hubiese tenido en ellas un pedazo de cielo.

Aquel hombre era rico y compatriota suyo. ¡Oh! No les dejaría morir de hambre, no les abandonaría á su negra suerte.

Ante aquella escena los transeuntes se detenían formando corro y comentándola.

¡Cómo! ¡Un hombre se arrodillaba delante de otro y besaba su vestido! Esto no se había visto nunca en Nueva-York.

El caballero anciano, enojado con la curiosidad de aquellas gentes, les dijo con tono brusco:

—¿Qué estáis haciendo ahí vosotros? ¿Os importan algo nuestros asuntos? ¡Ea! ¡despejad!

Y volviéndose hácia Lorenzo y su hija les dijo:

—Para que podamos estar tranquilos, mejor será que vengáis conmigo.

Dirigióse hacia un *bar-room* poco distante, tomó un cuarto y entró en compañía de su jóven acompañante y de los dos campesinos.

Iban éstos á postrarse de nuevo á sus piés, pero él les detuvo con un gesto imperioso.

—¡Basta ya! Acabemos con esas ceremonias: somos paisanos, hijos de una misma madre.

Dijo estas palabras con voz conmovida, y calló.

Estaba fumando, y... sin duda el humo de su cigarro debió penetrarle en los ojos, porque con el revés de la mano se los enjugó uno despues de otro.

—¿Desde cuándo no habeis comido?—les preguntó en seguida.

—Estábamos en ayunas hacia dos dias, cuando esta mañana hemos encontrado en el puerto unos cuantos mendrugos.

El caballero se volvió hacia su joven acompañante, diciéndole:

—William, avisa que traigan en seguida que comer.

Despues continuó sus preguntas.

—¿Dónde habitais?

—No tenemos casa.

—¿Y dónde habeis dormido esta noche?

—En el puerto, en un astillero.

—¿Es decir que... os echarian á la calle?

—Sí, señor.

—¿No teneis más ropa que la que os cubre?

—¡Oh! no.

—¿Ni dinero?

—Tampoco.

—¿Qué pensáis, pues, hacer?

El caballero habia hecho rápidamente y con alguna aspereza todas estas preguntas; y como á la última no obtuviese respuesta, volvióse hacia Marysia.

—¿Qué edad tienes tú?

—Diez y ocho años.

—¡Habrás sufrido mucho, pobrecilla!

Una vez más cayó Marysia á los piés de su interlocutor, pero sin atreverse á responder. Y... ¡diablo de humo del cigarro, que otra vez hizo llover los ojos del anciano, obligándole á enjugárselos!

Llegó en esto un mozo trayendo carne y cerveza.

El anciano caballero invitó á los dos campesinos á que se pusieran á la mesa.

Vacilaban éstos, pareciéndoles que

sería faltarle al respeto, y no se atrevían á comer; pero él mostró enfado y les llamó estúpidos.

Su carácter, según trazas, era algo irascible; y sin embargo á Lorenzo y á su hija les parecía aquel anciano un ángel en forma humana.

Por fin consintieron en tomar los alimentos que les habían servido, con lo que su protector pareció quedar muy satisfecho.

Entonces quiso saber cómo habían tenido la idea de embarcarse para la América, y Lorenzo le contó de cabo á cabo su dolorosa historia, sin ocultarle nada y como si hiciese la confesión entera de su vida.

Escuchábase el anciano caballero con atención é interés, ora dando señales de enojo, ora refunfuñando, y á veces apretando los puños. Por último, cuando Lorenzo confesó la escena de aquella última noche y cómo había querido arrojar á su hija al mar, no pudo contener su cólera, y gritó:

—¡Oh! ¡canalla! ¡merecerías que te estrangulase!

En seguida se volvió hacia Marysia.

—¡Pobre monina! ¡vén aquí!

Acercóse Marysia como tímida paloma, y él, cogiendo entre sus dos manos aquella cabeza rubia y pálida, la besó en la frente.

—Mucho habeis sufrido,—dijo después de breve pausa:—conoceis bien las apreturas de la miseria. No obstante, el país es bueno. Pero hay que saberse ayudar... Sí, amigo, sí,—prosiguió al ver el asombro pintado en el rostro del campesino.—América es un buen país. Cuando yo vine aquí no tenía un céntimo, y hoy poseo una bonita fortuna. Sin embargo, vosotros los labradores deberiais quedaros en vuestros campos y no iros á la ventura por el mundo. Si abandonáis el suelo de la patria ¿qué os quedará luego? Aquí no tenéis nada que ganar. Pasar el Oceano no es difícil; lo difícil es repararlo, y más difícil aún volver á la tierra natal.

Calló un momento, y luego, como hablándose á sí mismo, continuó diciendo:

—Cuarenta años hace vivo aquí, y en cuarenta años se tiene tiempo para olvidar muchas cosas, aun la patria. Pero á mí me ocurre á menudo sentirme profundamente conmovido al pensar en ella. Por eso quiero que mi hijo vaya á Europa y conozca la tierra natal de su padre.

Y mostrando con la mano al jóven, se volvió hacia él, diciéndole:

—Me traerás un puñado de tierra polaca de mi querido país, William, y á mi muerte lo esparcirás en mi féretro sobre mi cuerpo.

—*Yes father*,—contestó William.

—Y la pondrás sobre mi corazón.

—*¡Yes, yes!*

El padre se enjugó los ojos conmovido.

—Ya veis, ese muchacho conoce perfectamente el polaco: pues bien, prefiere expresarse en inglés. ¡Ah! Eso debia suceder fatalmente, como tantas cosas... Todo lo que viene á este país queda irremisiblemente perdido para el viejo mundo... William, vé á casa y avisa á tu hermana que tenemos dos huéspedes.

El jóven partió al momento.

El noble anciano permaneció aún algunos instantes silencioso, sumido en sus reflexiones. En seguida, como si hablara consigo mismo, dijo en voz baja:

—Repatriarlos costaria caro. Y luego, ¿para qué? No encontrarían ya nada de lo que poseían, y se verían obligados á vivir de limosna... ¿Poner á esa muchacha á servir en alguna familia?... Dios sabe lo que podría ser de ella... Y sin embargo, puesto que están aquí, menester es socorrerlos y ayudarles á encontrar trabajo ú ocupacion. Si por el contrario les envío á alguna colonia es fácil que la chica encuentre pronto marido, y si las cosas toman buen sesgo para los dos jóvenes y anhelan volverse despues á su tierra, se llevarán consigo al viejo.

Y sin nuevas reflexiones preguntó á Lorenzo:

—¿Has oido hablar de las colonias polacas fundadas en los Estados Unidos?

—No, mi buen señor.

—Pero ¡válgame el cielo! ¿cómo ha-

béis venido aquí tan á la ventura? En Chicago hay una gran poblacion de emigrados, cerca de veinte mil, y casi otros tantos en Milwankee, y buen número tambien en Detroit y en Búffalo. Todos trabajan en las fábricas, pero un labrador está mucho mejor en su puesto, en un campo bien suyo... ¡Si pudiese enviaros al Illinois!... Pero la obtencion de tierras no es ya tan fácil como antes. Mejor sería tal vez ir á los bosques vírgenes del Nebraska, donde, segun dicen, se forma una nueva Posnania. Pero ¡no!... Ese país está demasiado lejos y el viaje cuesta caro... Santa María de Tejas tambien está lejos... ¡Ah! Borovina, sí; Borovina, junto al Mississipi. Este lugar me parece el mejor para vosotros, tanto más cuanto tengo medios para obteneros pasaje gratuito en el ferrocarril. De esta manera el dinero que os tendria que dar para el viaje podréis guardarlo intacto para los primeros gastos cuando lleguéis allá.

Reflexionó unos instantes más, y dijo luego con decision:

—¡Lo dicho, amigo! Pronto verás

cómo se fundan colonias nuevas en el Arkansas. El país es fértil, el clima benigno, el suelo vírgen. Podrás obtener del Gobierno 160 fanegas de terreno que no conoce aún el arado. Yo te facilitaré lo necesario para la instalacion, y el viaje corre tambien de mi cuenta. Hasta la estacion de Little Rock iréis en ferrocarril, y despues tomaréis un coche. Allí encontraréis á otros colonos que emprenderán el mismo camino, y podréis reuniros con ellos. Además, creo podré proporcionaros algunas cartas de recomendacion. Quiero ayudaros porque soy vuestro compatriota, porque somos hijos de una misma madre; pero tú, amigo, suerte tienes de tu hija, que me inspira mil veces más compasion que tú... ¿entiendes?... Y dad gracias á Dios porque ha hecho que os encontrárais conmigo.

Luego, dirigiéndose á Marysia, prosiguió diciendo con paternal dulzura:

—Niña, atiende bien. Toma esta tarjeta con mi nombre y procura guardarla con muchísimo cuidado. Si por desgracia te encontrases algun

dia en necesidad, ó quedases sola en la tierra, sin nadie, sin recursos, sin proteccion y sin asilo, búscame entonces, hija mía... y si yo hubiese muerto, mi hijo William quedará encargado de protegerte... Ahora seguidme.

Salieron los tres, y por el camino compraron ropa blanca y vestidos.

Llegados á la morada de su protector, Lorenzo y Marysia encontraron en ella la más hospitalaria acogida.

Todos eran buenos en aquella casa, y nuestros dos polacos viéronse desde luego tratados como si fuesen de la familia.

Llegada la noche, algunas jóvenes amigas de Jenny, hermana de William, fueron á pasar la velada con ella, y aunque ricamente vestidas de seda y encajes, atestiguaron á su desgraciada compatriota Marysia una benévola cordialidad. La colocaban en medio de ellas; admiraban su rostro, si bien enfermizo y pálido, siempre gracioso, y se asombraban mucho al verla arrodillarse ante ellas y besar sus manos.

El padre de Jenny asistió tambien á la reunion, hablando mitad polaco, mitad inglés, ora en medio de aquel enjambre de jóvenes, todo flores y sonrisas, ora departiendo con amigos suyos sobre la patria lejana y removiendo recuerdos antiguos casi extinguidos.

Cuando, á la hora de acostarse, Marysia encontró una blanda cama, que para ella habian preparado las manos mismas de Jenny, deshízose en lágrimas y prorrumpió en palabras entrecortadas de ternura y de gratitud.

Algunos dias despues Lorenzo y su hija estaban dispuestos para marchar á Little-Rock. El viejo campesino llevaba en el bolsillo cien dollars, cuyo contacto bastó para borrar de su espíritu el recuerdo de los pasados sufrimientos.

Marysia sentía cernerse sobre su cabeza la bendicion divina y tenia en Dios inalterable confianza. Aquella mano poderosa, que la habia salvado tan milagrosamente de la miseria y de la muerte, no la abandonaria en lo sucesivo; y de igual manera que la

habia preservado de todo peligro, conduciria primero á la América á su inolvidable Jasko para reunirse á ella y á su padre, y despues devolveríalos á todos á Lipinsk, su caro pais natal.

Durante el viaje vieron desfilar por delante de sus ojos asombrados ciudades opulentas, colonias florecientes, tomando todo un aspecto más alegre, más sereno que en Nueva-York. Eran bosques, campos, granjas, hermosas quintas, grandes haciendas cubiertas de verdor, que les recordaban vagamente los campos tan lejanos de su querida Polonia. Manadas de bueyes y rebaños de carneros y cabras pacian en las praderas y numerosos leñadores derribaban árboles en los linderos de los bosques.

Y el tren volaba, volaba siempre.

Despues á los cultivados campos fueron sucediendo poco á poco extensas llanuras sin señales de colonizacion. El viento agitaba las yerbas silvestres, y los arbustos doblaban mansamente sus copas y parecian saludar á su paso á los viajeros. Las liebres corrian desesperadamente, embestidas

por jaurías de perros salvajes, y en todas aquellas inmensas planicies no asomaba ni una ciudad, ni una aldea, ni una casa; nada que indicase la presencia de un sér humano. Sólo á intervalos regulares se encontraban estaciones, pero al rededor de ellas nada.

Lorenzo contemplaba aquella melancólica naturaleza, sacudia su cabeza pensativa y se preguntaba por qué tantas y tan bellas tierras permanecian incultas.

Un día y una noche viajaron así nuestros dos campesinos, y á la mañana siguiente entraron en un bosque en el que los bejucos y las ramas de los grandes árboles se enroscaban y entrelazaban estrechamente, formando retiros impenetrables. Infinidad de pájaros desconocidos aparecian volando y saltando, y sucedia á veces que los viajeros creían entrever tropas de jinetes de rostro cobrizo que llevaban en la cabeza penachos de plumas de vivos colores.

A la vista de aquella sorprendente naturaleza Lorenzo no pudo contenerse y preguntó á su hija:



—¿Marysia?

—¿Padre?

—¿Ves?

—Sí.

—¿Y no encuentras eso magnífico?

—¡Oh! sí, soberbio!

Finalmente cruzaron un río de una anchura extraordinaria, que les dijeron era el Missisipí.

Habia cerrado ya la noche cuando llegaron á la estacion de Little-Rock, en donde habian de reunirse en convoy para dirigirse á Borovina.

Les dejaremos aquí donde veia su término la segunda de sus dolorosas peregrinaciones en busca del pan, para encontrarles luego en la tercera, que veremos transcurrir en los bosques á través de las luchas de la vida colonial.



## VII

### La Borovina

Con este nombre habian bautizado á una colonia polaca todavía en embrion y situada en el Arkansas.

Los periódicos polacos é ingleses de Nueva-York, Chicago, Búffalo, Milwaukee, de todos los lugares, en fin, en que se habla el idioma polaco, anunciaban al mundo entero y en particular á las gentes originarias de Polonia que á cuantos quisieran hacerse ricos, adquirir vigor y robustez, comer bien, tener una vida larga y feliz, y, en fin, morir en paz, se les presentaba para ello una ocasion muy

favorable tomando parte desde luego en la colonización de una tierra virgen desde el comienzo del mundo y destinada á ser un verdadero paraíso terrestre. Y añadian que esta tierra, llamada Borovina, se hallaba situada en el Arkansas, es decir en el territorio más salubre y más fértil de América.

Verdad es que en la pequeña ciudad de Memphis, situada en la otra orilla del río, hacia frecuentes y desastrosas apariciones la fiebre amarilla; pero de los informes recogidos y de los estudios hechos resultaba que ni esta ni cualquier otra epidemia podía franquear el río. Y á esta certidumbre contribuía mucho la nomenclatura de los pueblos vecinos, los indios de la raza de Chodaw, los cuales habían sin duda extirpado la fiebre amarilla porque nada preserva tanto de ella como la presencia de un *Piel Roja*.

Los nuevos colonos, pues, tenían la inapreciable ventaja de encontrarse colocados entre la fiebre amarilla á la derecha y los salvajes á la izquierda,

en una especie de zona neutral, por ser cosa perfectamente conocida que si la fiebre amarilla tiembla ante los *Pieles Rojas*, éstos, por su parte, huyen de su vista; y así la una no puede hallarse donde están los otros.

Partiendo de este supuesto, todas las probabilidades eran de que dentro de no muchos años Borovina contase dos millones de habitantes, y que tal terreno que actualmente se cedía por medio dollar, se revendiese á razón de mil dollars el metro cuadrado, sin la menor exageración. ¿Cómo, pues, resistir á la esperanza de tan gran fortuna?

Cierto era también que algunos colonos experimentaban un gran terror por la vecindad de los *Pieles Rojas*, pero á los tales se les daba la más formal seguridad de que estos indios alimentaban una simpatía particular por los hijos de Polonia; con los cuales les unían lazos de una antigua amistad. Además, muy sabido era que á medida que la vía férrea adelantaba cortando los bosques y las praderas, los indios retrocedían asustados ante

los postes del telégrafo que la flanqueaban; puesto que las cruces que forman con los aisladores eran para ellos símbolo de ruina y de exterminio.

Estando, pues, los alrededores de Borovina en manos de la Compañía ferroviaria, el alejamiento de los *Pieles Rojas* quedaba reducido á una simple cuestion de tiempo. En realidad, el territorio donde habia de fundarse Borovina habia sido comprado por una Sociedad de ferrocarriles, y esto parecia asegurar á la nueva colonia las comunicaciones necesarias con el resto del mundo, un rápido desarrollo de su propia produccion y en general un porvenir floreciente. Pero... los periódicos olvidaban decir que la línea férrea no pasaba aún de simple proyecto y que los fondos necesarios para su construccion debian proceder de las tierras mismas, abandonadas por el Gobierno á la Sociedad para su colonizacion.

Resultado de ese olvido fué que Borovina, en lugar de poseer una vía cómoda y diariamente recorrida por los

trenes, estaba situada en medio del bosque, á donde sólo podian llegar los carruajes, y aun no sin dificultades; de lo cual debian resultar diversos inconvenientes que, sobre todo al principio, podian influir en la marcha de la nueva colonia. Con todo, esos inconvenientes debian disminuir en breve plazo con la construccion del ferrocarril.

Por otra parte, sabido es que, entre los norte-americanos, los anuncios no se toman nunca al pié de la letra ni se les da más valor que el de simples reclamos. Los periodistas, dando alas á su imaginacion, todo lo exageran, concediendo á los hechos más insignificantes una importancia que no tienen, y haciendo difícil, por no decir imposible, discernir lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso.

De todos modos, algo bueno cabia esperar, y en la peor hipótesis la nueva colonia no debia encontrarse en condiciones distintas ó peores de las otras muchas fundadas bajo análogos auspicios. Los contratos parecian ventajosos; las promesas eran seductoras.

Así es que de todos los Estados de la América del Norte acudian gran número de polacos, deseosos de hacerse inscribir como habitantes de la nueva colonia.

Hacia largo tiempo se ocupaban en rudos trabajos entre los obreros de las grandes fábricas de Chicago y de Milwaukee, suspirando por el día en que podrian volver á trabajar la tierra. Esta es la única vida que los labradores consideran digna de este nombre. Aprovecharon, pues, con entusiasmo la ocasion que se les ofrecia de abandonar la ciudad llena de humo, y crearse con el hacha y con el arado una vida independiente en las inmensas llanuras del Arkansas.

Acudieron tambien otros que huian del clima demasiado cálido de Tejas, ó de los fríos excesivos del Minnesota, ó del aire húmedo y malsano de Detroit, ó de las tierras estériles del Illinois. Y todos juntos, formando un convoy de centenares de personas, tomaron el camino del Arkansas.

Estaban los hombres en mayoría, pero las mujeres y los niños eran bas-

tante numerosos; y la triste reputacion del «sangriento Arkansas» hubiera debido, si no detenerles, hacerles reflexionar. Los pobladores de esta region son casi todos indios salvajes, esclavos cimarrones, bandidos que escapan al rigor de las leyes, *squatters* que, á pesar de las decisiones del Gobierno, cortan madera y van á embarcarla en Red River (río Rojo); en suma, vagabundos, aventureros, gentes de la peor especie.

No hace muchos años la parte occidental del Arkansas era tristemente célebre por los sangrientos combates entre los *Pieles Rojas* y los cazadores de búfalos, y tambien por la terrible *ley de Lynch*, que en aquella época se aplicaba con todo rigor.

Los colonos no se inquietaron por esas cosas.

Un magyar, con su hacha en el puño y seguido por un grupo de compatriotas, no retrocede fácilmente.

Como punto de concentracion se habia elegido Little Rock. De aquí á Claresville, último punto habitado antes de llegar á Borovina, habia

unas doce horas de camino, siendo preciso abrirse paso á través de una landa cubierta de plantas espinosas, y despues por un bosque vírgen cortado por corrientes de agua de escarpadas orillas.

Los más impacientes, los que habian querido adelantarse á sus compañeros, hicieronlo sin dejar huellas de su paso. En cuanto al convoy que se puso en marcha algunos dias despues, antes de llegar á Borovina debió provisionalmente levantar tiendas en el bosque.

A decir verdad, los colonos experimentaron desde su llegada una gran desilusion. En vez de campos fértiles que sólo esperaban brazos y arados, encontraron únicamente una selva espesísima que desde luego era preciso derribar á fin de transformarla en tierras de labor.

Gigantescos robles, plátanos y sicomoros se extendian hasta perderse de vista, y entrelazando sus ramas formaban espesa é impenetrable valla. El suelo desaparecia bajo una espesa capa de musgo, y los bejucos trepa-

ban hasta lo alto de los árboles y se enroscaban de un árbol á otro, formando una masa foliácea que los ojos no podian atravesar. ¡Qué diferencia entre aquella naturaleza salvaje y los poéticos bosques de Polonia!

El que hubiese intentado penetrar en aquella espesura habria corrido riesgo de ser devorado por las fieras, ó extraviarse y perder para siempre la vision del cielo.

Ante aquellos árboles seculares el magyar sentia disminuir su altiva confianza, y turbaba su ánimo una duda:—¿Podrémos abatir estos colosos de la naturaleza?

Ciertamente, ellos por sí solos constituian una fortuna: con tanta madera podian construirse casas, y la leña no faltaria en invierno: pero arrasar un bosque vírgen en el espacio de cientos de fanegas, derribar aquellos enormes troncos y arrancar del suelo sus profundas raíces, roturar en fin poco á poco el terreno, era empresa que exigia años de trabajo para un reducido número de hombres perdidos en aquella inmensa soledad.

Con todo, no teniendo otra cosa que hacer, los colonos pusieron manos á la obra, no sin haber antes rezado una corta oracion.

Durante largos dias resonaron en los bosques del Arkansas los hachazos que herian sordamente los árboles, y al golpe seco del hacha respondia el coro de voces de los colonos repitiendo los cantos de la patria lejana.

Habian levantado provisionalmente sus tiendas cerca de la orilla del río, en un ancho espacio donde habian de construir la futura ciudad, cuyas casas rodearian la iglesia, erigida en el centro.

Pero esto no era entonces más que un proyecto cuya ejecucion exigia mucho tiempo; y aguardando mejor ocasion, rodearon sus campos con empalizadas y con sus carros describiendo un gran círculo: disposicion que les permitia defenderse fácilmente contra toda amenaza de peligro.

Más allá de aquel círculo y en el espacio libre apacentaban bueyes, vacas, carneros, caballos y mulas. La guardia estaba confiada á varios jó-

venes bien armados y escogidos entre los más valientes y animosos, mientras los demás iban al bosque á trabajar.

Por la noche se acostaban, ya en sus carros, ya cerca de las hogueras que encendian.

En cuanto á las mujeres y á los niños, estábales prohibido alejarse del campamento.

Por la noche surgian del fondo del bosque los aullidos amenazadores de los jaguares (1) y lobos del Arkansas.

A veces el oso gris, más audaz y desafiando las bien alimentadas hogueras, se aproximaba á las empalizadas. Entonces en la oscuridad resonaban gritos de terror, voces de auxilio; rugian más fuerte las fieras, y los hombres debian rechazarlas á lanzadas.

---

(1) Mamífero carnívoros, parecido á la pantera, de cerca dos metros de longitud; pelaje amarillento en las partes superiores, con manchas en forma de anillos negros, y blanco en el pecho y abdomen con rayas tambien negras. Caza de noche, y es animal muy temible.

Los colonos que venian de las llanuras del Tejas eran casi todos hábiles cazadores, que derribaban fácilmente gacelas, búfalos y ciervos, abasteciendo así de caza fresca y abundante á sus familias.

En cuanto á los otros, debian contentarse con las provisiones traídas de Little Rock ó de Claesville, compuestas casi exclusivamente de maíz y salazones; si bien más adelante comenzaron á matar carneros, de los cuales cada familia habia traído cierto número.

Por la noche, encendidas las hogueras, los jóvenes solazábanse cantando y bailando. Un colono, antiguo músico sin duda, habia traído un violin, cuyas notas, más ó menos bien templadas, solicitaban el oido con aires populares, y momentos despues organizábanse danzas á estilo americano ó polaco.

Y así transcurría la vida, en medio de un trabajo arduo y constante, pero de muy lento resultado.

El primer cuidado á que atendieron los colonos, en cuanto hubieron derri-

bado bastante bosque, fué á construirse casas; y abiertos ya los primeros cimientos, el espacio comprendido en el recinto quedó cubierto de materiales.

Para este género de trabajos era muy bueno el palo rojo, mas era menester internarse mucho en el bosque para encontrarlo.

Algunos habian levantado tiendas de lona muy sólida, y en ellas vivian dia y noche como en una casa. Otros, sobre todo los solteros, que se inquietaban poco de poseer un domicilio cuando les bastaba una manta, comenzaron á arar allí donde los árboles dejaban algun espacio libre.

Por primera vez en los bosques inexpugnables del Arkansas resonó el grito del hombre aguijoneando al buey.

Pero en general los colonos debian hacer frente á trabajos igualmente urgentes y muy diversos, á los cuales eran tan extraños que no sabian por dónde comenzar.

En medio de sus dudas y vacilaciones, una cosa les pareció indudable,

y es que el que había tratado en su nombre compró con excesiva confianza, dando fe ciega á la Compañía del ferrocarril y sin conocer los lugares. De otra suerte era inadmisibile que se les hiciese adquirir aquella inmensa superficie de selva vírgen cuando por igual precio y con la misma facilidad hubieran podido adquirir otro tanto de tierra en mejor posicion, mitad bosque y mitad pradera.

Así, cuando el agente de los colonos y el de la Compañía del ferrocarril se personaron juntos para repartir las tierras y asignar á cada colono su lote, uno y otro hubieron de cerciorarse de aquel funesto estado de cosas y comenzaron á acusarse mutuamente. Por espacio de dos dias estuvieron disputándose, mientras corrian de aquí para allá, hasta que, pretextando la falta de ciertos instrumentos necesarios para medir el suelo, olvidados en Claresville, se marcharon de Borovina, en donde no volvieron á parecer jamás.

Suscitáronse entonces las primeras quejas, fundadas en si el uno había

tenido más tierra y el otro menos, siendo lo peor de todo que nadie sabia dónde empezaba y dónde acababa su hacienda.

En consecuencia, los colonos quedaron abandonados á sí mismos, sin tener quien dirigiese útilmente sus trabajos hacia un fin determinado; sin una persona cuya autoridad se impusiese para evitar discusiones y solventar litigios. Faltábales una clara comprension de las necesidades comunes y del mejor modo de remediarlas.

De haberse encontrado en su lugar un grupo de colonos alemanes, en vez de perder un tiempo precioso en estériles disputas, habrían procedido con perfecto acuerdo, resolviendo ante todo qué terreno podría bastar á las necesidades de la nueva colonia. Luego habrían esperado á cultivar los campos para levantar casas, y por fin hubieran asignado á cada uno su lote.

Pero entre polacos las cosas iban de otra manera. Cada colono queria entrar inmediatamente en posesion



de un cuadrado de bosque, construir en él su habitación y cultivar su propia hacienda. Además, todos pretendían que su parcela estuviese bien al abrigo de todo peligro y al mismo tiempo cercana al río.

Esto motivaba disputas interminables que se agriaron aún más cuando cierto día vieron llegar un gran carro de un tal Grünmansky, que probablemente no era otro que un sujeto llamado Grünman, de la colonia alemana de Cincinnati; sólo que ahora, llegado á Borovina, pareceríale conveniente añadir á su nombre un *sky* (*Grünmansky*) para darle un sabor polaco que le atrajera más confianza y le facilitase redondear su negocio.

Instalóse al punto con todo su bagaje en la nueva colonia. Su carro estaba cubierto, en una mitad, por una gran tienda, sobre la cual, á derecha é izquierda, se leía en gruesos caracteres: SALON, y debajo, en caracteres más pequeños: BRANDY-WISKY-GIN.

¿Cómo un carruaje tan grande y tan vistoso había atravesado impune-

mente la difícil y peligrosa región que separa Claresville de Borovina sin ser capturado por los bandidos de la pradera? ¿Cómo se las compuso su propietario para no dejar la piel de su cráneo en manos de los indios que rondaban siempre por aquellos contornos?

Este era el secreto del señor Grünmansky.

Ello es que desde aquel día se hicieron más agudas las diferencias entre los colonos. Por una pequeña lengua de tierra, por el derecho á dormir cerca del fuego mejor que al abrigo de una tienda, por cualquier bagatela, originábanse disputas y querellas que á veces bajo la influencia de las bebidas espirituosas degeneraban en verdaderas riñas, en las que no era raro ver correr la sangre.

A todos estos motivos de discordia se añadía otro: una especie de regionalismo que inducía á todos aquellos polacos á elogiar ó á denigrar las regiones americanas recientemente abandonadas por ellos.

Los que habían venido del Norte

afirmaban que las colonias septentrionales superaban en mucho á las meridionales, mientras que los que procedían del Sur sostenían todo lo contrario.

Y los ecos del bosque repercutían el ruido de aquellas interminables discusiones en un lenguaje mezcla de inglés y polaco, que ganaba terreno todos los días entre los colonos.

—¿Qué me venís contando á mí de vuestras colonias del Sur?—decía un jóven venido de Chicago.—Tendriais que venir al Illinoís. ¡Qué país aquel! A cada paso tropezais con soberbios edificios, y á pocas millas de una ciudad ya topais con otra. Allí, para que lo sepais, cuando se quiere fundar una ciudad es inútil derribar bosques: se compra madera para construir las casas, y asunto acabado.

—No diré que nó,—replicaba otro,—pero más vale una de nuestras aldeas que vuestras ciudades con sus centenares de tabernas.

Y en este sentido iban acalorándose las disputas y agriándose cada vez más, sin que el amor propio de unos

y otros quisiera ceder un ápice; y á las disputas sucedían los denuestos é injurias, y acababan por dirimir sus contiendas á puñetazos y á palos.

Cada día se hacia más difícil entre ellos la vida comun. Parecían un rebaño sin pastor, mejor que una sociedad de seres humanos. Las reclamaciones y las disputas respecto á tierras eran cada vez más frecuentes y más airadas: los vecinos y amigos de los interesados tomaban parte en ellas casi siempre, y la colonia se encontró al fin dividida en partidos separados por odios irreconciliables.

Interponíanse muchas veces la influencia ó el prestigio de los de más edad y más razonables, pero no siempre bastaban sus esfuerzos para calmar las querellas y apaciguar la irritación de los ánimos.

Sólo en las horas de peligro cesaban súbitamente todas las disputas y reinaba union completa.

Así, cuando los bandidos de las fronteras avanzaban para robar los ganados, ó cuando una partida de indios se acercaba demasiado al campa-

mento, entonces todos olvidaban sus animosidades de la víspera, corrían á las armas y rechazaban al enemigo.

Cierto día, después de resistir un verdadero asalto de bandoleros é indios coligados y de ponerles en fuga, la alegría del triunfo determinó una tregua completa en el estado habitual de las relaciones. Pero al día siguiente renacieron los fermentos de discordia, y las querellas comenzaron de nuevo con más violencia que nunca.

Cuando por la noche, después de las fatigas de una larga jornada de trabajo, el músico templaba su violín y entonaba los cantos amados de la lejana patria, los verdes prados, la casa paterna, no se entregaban ya los jóvenes á las alegres danzas y los de edad madura no acompañaban ya los estribillos con sus voces graves. Tristes y mudos sentábanse al rededor del músico, y sólo el bosque les respondía con el murmullo de sus ramas agitadas por el viento.

De las hogueras encendidas volaban torbellinos de chispas que se perdían

en el aire; y poco á poco todos los circunstantes inclinaban la cabeza, y con la frente sombría dejaban volar sus pensamientos más allá de los bosques, de las tierras y de los mares hacia el país natal.

---



## VIII

### Orlik el cazador

**E**NTRE las gentes de Borovina vamos á encontrar de nuevo á nuestros dos antiguos conocidos, Lorenzo Toperek y su hija Marysia.

Partidos de Nueva-York y llegados al Arkansas, sufrieron la suerte comun á todos sus compañeros de la nueva colonia.

Al principio las cosas marcharon bien: la selva vírgen con sus árboles seculares valía muchísimo más que el arroyo de Nueva-York.

Y luego, mientras en aquella gran

ciudad estaban abandonados á sí mismos y sin recursos, aquí, en medio de sus compatriotas, tenían un carro, aperos de labranza y diversos objetos comprados en Claresville.

¿Qué más? En Nueva-York la nostalgia les hubiera conducido á la muerte. Aquí, por el contrario, trabajando desde el alba hasta la noche, no les quedaba tiempo para cosas tristes y dolorosas.

Con su hacha bajo el brazo, Lorenzo iba de mañana al bosque, y hasta que declinaba la tarde no cesaba en la ruda tarea de derribar árboles. En tanto Marysia preparaba la comida, lavaba y repasaba la ropa y alimentaba el fuego.

El cambio de vida, el continuo movimiento, el aire salubre y fortificante del bosque habían lentamente borrado de las mejillas de la joven todas las huellas de la enfermedad, y el viento cálido del Tejas había coloreado su piel y dado á su tez delicada un matiz ligeramente ambarino.

Los jóvenes de San Antonio y de los países vecinos, aunque desunidos

por continuas querellas, estaban enteramente acordes en reconocer que los ojos azules de Marysia relucían en el nimbo de sus magníficos cabellos de oro, como brilla la flor del aciano (1) en medio de un sembrado de amarillentas espigas.

Para todos era la más encantadora muchacha que hubiesen visto.

Lorenzo se había instalado en la mejor parte del bosque, en un lugar donde los árboles eran menos espesos y corpulentos, y nadie se había atrevido á oponerse á aquella toma de posesion.

Apoyábale todo el elemento joven. Ora el uno, ora el otro, prestábanle ayuda, bien para derribar un tronco, bien para aserrarlo en tablones. Habían comprendido que el que quisiera ganar su causa debía ante todo bienquistarse con el padre. Y no comprendía menos éste la secreta razón que les movía.

Así Lorenzo y Marysia se encontra-

(1) Planta de la familia de las compuestas, de flores grandes y orbiculares con flósculos de azul claro.

ban en situacion mas ventajosa que la mayor parte de los colonos, y aun hubiera sido mejor si la colonia hubiese tenido un porvenir más satisfactorio; pero todo, de dia en dia, iba de mal en peor.

Las semanas iban sucediéndose unas á otras. Veíase acumulada enorme cantidad de materiales; el suelo desaparecia bajo la madera amontonada, y comenzaban ya á levantarse algunas casas. Pero ¿qué era eso en comparacion de lo que aún faltaba hacer?

Algunos que se habian aventurado á penetrar en el fondo de aquellos bosques trajeron noticias tan extrañas como horribles.

Decian que aquello era una selva sin fin en la cual se hallaban inmensos pantanos de agua estancada y pestilencial, y que bajo tierra se oía un estruendo espantoso como de cataratas invisibles.

Otros referian que la selva estaba habitada por seres sobrenaturales y que habian visto con sus propios ojos á lo largo de los troncos y de las ra-

mas como sombras sin cuerpo, espectros monstruosos, semejantes á gigantes serpientes; y habian oido tambien voces terroríficas.

Por fin, un jóven de las cercanías de Chicago aseguraba haber visto al diablo en carne y hueso, levantando fuera del pantano su cabeza cornuda y espantosa, y amenazándole con voz horrisona. A su aspecto el pobre muchacho habia puesto piés en polvorosa, volviendo apresuradamente á la colonia, á donde llegó medio muerto de miedo.

Los que habian venido del Tejas se inclinaban á creer que el diablo podia ser muy bien un simple búfalo, pero el otro persistia obstinadamente en haber visto al diablo.

Otros incidentes, unidos á estos, venian á aumentar el malestar general y á empeorar el estado, ya tan lastimoso, de la nueva colonia.

Dos robustos jóvenes se internaron en la selva, y no se les vió más.

A consecuencia de sus fatigas cayeron enfermos muchos hombres, con violentos dolores en los riñones y

aquejados luego de una fiebre ardiente.

Las disputas por lo tuyo y por lo mío, lejos de calmarse, se agitaban sin cesar y acababan siempre en sangrientas colisiones. Los que no querían dejarse robar sus ganados estaban obligados á marcarlos.

Los carros, hasta entonces colocados en círculo, se separaban unos de otros, procurando cada uno alejarse de los vecinos todo lo que podia.

De esta suerte se relajaban los lazos de amistad y compañerismo y desaparecia toda organizacion.

Por falta de cuidado, muchos carneros se internaron en el bosque, donde fueron devorados por las fieras.

En suma, todo hacia prever que antes de que los rayos del sol pudiesen atravesar la tupida red del bosque faltarian todos los recursos y sobrevendria el hambre, pues no habia podido sembrarse ni una semilla.

El mayor desaliento iba apoderándose tenazmente de todos, sin que pudiesen esperar una compensacion, siquiera lejana, á tanta pena; y todos

los labios proferian las mismas lamentaciones al recordar las fértiles comarcas que se habian abandonado, y las mismas maldiciones contra aquel país salvaje en el cual encontrarían ruina inevitable y completa.

Los que aún poseían algun dinero emprendieron con sus carros el camino de Claresville: los demás, agotado hasta el último centavo en aquella empresa, cuando veian alejarse un carro, doblaban dolorosamente la cabeza y se retorcian las manos.

Poco á poco el ruido del hacha fué disminuyendo en el bosque. Un pesado sopor y una impresion de doloroso abandono agobiaban sobremanera á los que se quedaban.

—¡Haber empleado dos años de fatiga en esta tierra y acabar por morir de hambre en ella!—exclamaban.

Y el bosque, con su largo murmullo, parecia cantar sobre ellos la cancion de la ruina y de la muerte.

—Marysia,—decia una noche Lorenzo á su hija en un corro,—veo que todos deben caer en fatal sima, y yo con ellos.

—Dios, que es clemente,—contestó la jóven,—tendrá piedad de nosotros y no nos abandonará.

Al decir esto elevaba sus ojos al cielo, y las estrellas que centelleaban allá arriba rodeaban la rubia cabellera de Marysia con una aureola de luz argentada.

Los jóvenes de Chicago y los atrevidos cazadores del Tejas fijaron sus miradas en aquella dulce vision y exclamaron á una:

—Y nosotros tampoco te abandonaremos.

Marysia pensaba que no habia más que un solo jóven capaz de seguirla hasta los confines de la tierra... Pero Jasko, su amado Jasko se habia quedado allá, en Lipinsk, y sin duda debia haber olvidado la santa promesa que le habia hecho cerca del pozo, una noche de otoño.

La jóven no podia ignorar el triste estado de la colonia; pero Dios que la habia socorrido en las tribulaciones y que no la habia abandonado en los momentos más terribles de su vida, tampoco la abandonaria hoy. Sosteni-

da por su confianza en el auxilio divino, esperaba tranquila y serena los acontecimientos.

Además, ¿no tenia allá en Nueva-York su protector? ¡Cuán cuidadosamente guardaba su tarjeta, segun le habia encargado! En el caso peor que pudiera acontecer, sabia que podia recurrir á él.

En tanto, las condiciones de la vida iban empeorando siempre en la colonia. No se tenian noticias de los que habian abandonado á Borovina, y nadie podia decir si habian perecido al atravesar la region desierta.

Las fatigas enormes y continuas de aquella vida tan laboriosa habian abatido ya muchos jóvenes de los más robustos. ¿Cómo habia de resistirlas un pobre viejo?

Lorenzo cayó enfermo.

Durante dos dias se mantuvo firme, soportando pacientemente atroces dolores en los riñones, pero al tercer dia el mal pudo más que él. Marysia fué al bosque, recogió gran cantidad de musgo, extendiólo sobre una especie de tabique de madera tendido sobre



el suelo, hizo una cama para su padre y le preparó una bebida reconfortante.

—Marysia, —murmuró Lorenzo,— este bosque me habrá matado. Tú quedarás sola, huérfana, abandonada en medio de todos esos extranjeros. Dios me castiga por mis faltas, porque te he arrancado de nuestra patria y te he arrastrado á esta tierra de desolacion. ¡Dios mío! ¡cuán penosa me será la muerte!

—Padre,—dijo la jóven,—si yo no hubiese venido con vos Dios me habria castigado.

—¡Oh! ¡Si no debiese dejarte tan sola en el mundo, pobre hija mia! ¡Si antes de cerrar los ojos pudiese bendecir tu matrimonio, entonces la muerte me seria más ligera! Marysia, ¡dame este consuelo! toma por marido á Orlik. Es un buen chico, te quiere mucho, y no te abandonará jamás.

Orlik, apodado el *Negro*, de cabellos de ébano y tez bronceada por el sol, era un excelente jóven y el más bravo cazador del Tejas. Solicito en prestar sus cuidados al viejo Lorenzo,

hallábase á su cabecera en aquellos momentos, y al oír las palabras del enfermo dejóse caer de rodillas junto á la cama, y exclamó con acento conmovido:

—¡Padre! ¡padre! Decís bien... ¡Benedicidnos! Amo á vuestra hija como á la niñas de mis ojos... Conozco el bosque como mi casa. Os juro que amaré siempre á Marysia y que conmigo jamás conocerá la miseria.

Esto diciendo, levantaba hacia la jóven una mirada tímida, y suspenso de sus labios esperaba una palabra como si de ella pendiese su vida ó su muerte.

Marysia inclinó la frente y besó las manos de su padre.

Luego, con voz suave, pero firme, dijo:

—Padre, no me obligueis. Recordad que pertenezco ya á otro, á quien juré fidelidad, y quiero guardarle mi palabra...

—¡No! —interrumpió Orlik furioso,—¡no se la guardarás! No consentiré rival... Serás mia, mia ó de nadie, porque cuantos están ahí van á la

muerte; todos, y tú con ellos si no te salvo yo.

Y Orlik tenia razon.

La colonia estaba ya tocando á su catástrofe final. Las provisiones se habian agotado, y para comer fué preciso ir sacrificando las bestias de tiro y de carga. La miseria iba aumentando de dia en dia; las fiebres ocasionaban nuevas víctimas, y todo era desolacion.

Un domingo los colonos que conservaban salud, hombres y mujeres, viejos y niños, postráronse juntos invocando el auxilio del cielo.

—¡Dios de bondad!— clamaban;— Vos que sois fuerte y omnipotente, Vos que sois misericordioso, tened piedad de nosotros!

Esta plegaria suprema, dicha por un centenar de voces, elevábase al cielo como un himno ferviente; cesó el viento de mugir, y las cimas de los grandes árboles la repitieron con suave murmullo.

Pero cuando las notas del coro de los afligidos se callaron, pasó una ráfaga de viento á través de la espe-

sura, y el bosque volvió á mugir, como si dijese:—Yo solo soy aquí el más fuerte; yo solo el soberano.

Entonces Orlik, que conocia de sobras aquella voz soberbia, clavó en la cima de los árboles una mirada arrogante y escrutadora, y exclamó con voz tonante:

—¡Venga de ahí! ¡Venga de ahí! Este será el último golpe... ¡A ver quién puede más!

Todos le miraron estupefactos, sin comprender nada de sus intenciones.

Los que le habian conocido durante su permanencia en Tejas, tenian en él una confianza ilimitada, sabian que gozaba de gran reputacion como cazador en aquel país de cazadores por excelencia, conocian su certero golpe de vista y el vigor de su mano; su serenidad, su sangre fria, su valor temerario.

En San Antonio, donde habia vivido últimamente, tenia costumbre de pasar meses enteros en la selva para arrancarle sus secretos ó para descubrir las guaridas de las fieras, y siem-

pre, despues de sus excursiones, volvia sano y salvo á su casa.

En Borovina era el único que se mostraba indiferente á las intrigas y desavenencias de sus compañeros. El bosque le alimentaba, le proveia de vestidos y de cuanto pudiera desear.

Pero cuando los colonos comenzaron á desbandarse y á buscar fortuna en otra parte, tomó la direccion de todo, mantuvo el órden entre los que se quedaban, animó á los timoratos y consoló á los enfermos. Para todos tenia una palabra de confortacion y de esperanza; y cuando despues de aquella fervorosa plegaria hecha en comun lanzó su soberbio reto al bosque, creyéronle revestido de algun mágico poder.

Ya el sol descendia á su Ocaso, y empujadas por la brisa vespertina del Sur corrian por el cielo algunas nubecillas grises precursoras de la lluvia.

Orlik se echó su carabina á la espalda y penetró en el bosque.

La noche estaba ya muy avanzada cuando los colonos que velaban por la comun seguridad vieron allá en el

fondo de la espesura como un círculo brillante que se agrandaba á ojos vistas, y que pronto se transformó en una llama de color de sangre.

—¡El bosque arde!... ¡Fuego en el bosque!...

Y al oir estos gritos, todos los colonos despavoridos lanzáronse fuera de sus albergues.

Multitud de aves espantadas abandonaban sus nidos inaccesibles, y chillando y batiendo ruidosamente las alas, huian en todas direcciones: los perros aullaban plañideramente, y los hombres corrian de un lado para otro, se interrogaban y estremeciales la idea de que el fuego pudiese llegar al campamento.

Por fortuna el viento soplaba favorablemente arrojando las llamas al lado opuesto. Poco á poco, en otros diversos puntos viéronse chispas y rojos fulgores. El incendio ganaba terreno. Las llamas, furiosamente agitadas por el viento, se enroscaban con siniestros ruidos por los troncos de los árboles y se propagaban con creciente rapidez.

Los gigantes seculares del bosque parecían retorcerse en terribles espasmos, desgajarse en medio de un mar de fuego, y luego desmoronarse uno á otro para convertirse en un brasero ardiente de troncos y bejucos de aspecto terriblemente grandioso.

A los rojizos fulgores del incendio sombras despavoridas pasaban como flechas. Los rugidos de los jaguares y los aullidos de los chacales se confundían con el crujir de la selva y los gritos agudos de las aves. El viento soplaba cada vez más fuerte, y á través de los árboles rodaba un torrente de fuego que, alargándose, parecía querer llegar al cielo.

Pronto el bosque no fué más que un inmenso brasero. El aire se impregnó de humo y de un olor á quemado; el calor se hacia insoportable.

Todo peligro para el campamento parecía haber pasado ya, pero los colonos, llenos de angustia, se agrupaban y hacían mil diversos comentarios.

Pronto vieron venir del bosque en rápida carrera un hombre de estatura hercúlea.

Era Orlik.

Su ahumado rostro daba miedo. Detúvose jadeante, y se apoyó en su carabina.

—Ahora—dijo á los que se agolpaban á su alrededor—no habrá ya entre vosotros ningun motivo de querrela. He pegado fuego al bosque, y mañana tendréis á vuestra disposición tanta caza como podáis desear.

Y acercándose á Marysia prosiguió:

—Mia serás, porque yo solo he producido el incendio. Soy más fuerte que la salvaje Naturaleza, y la he vencido. ¿Quién se atrevería á disputármeme?

Al decir esto brilló un relámpago en sus ojos, y en su fisonomía retratóse una terrible expresión de ira.

Marysia quedó aterrada. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, y por primera vez dirigió al Señor una ferviente acción de gracias por haber retenido lejos á su querido Jasko.

El incendio duraba aún, pero iba perdiéndose en el remoto confin.

Pasó la noche, y apareció el alba;

un alba muy pálida, que anunciaba la lluvia.

Por la mañana algunos colonos intentaron acercarse al bosque para ver de más cerca los efectos del incendio, pero la tierra humeaba aún, el aire era asfixiante, y se vieron obligados á retroceder.

Luego sobrevino una espesa niebla, haciéndose en poco tiempo tan densa, que nada se veía á dos pasos.

Transcurrió el día, triste como todos los otros, y llegó la noche trayendo la lluvia, que se cambió en un verdadero diluvio á causa de la rápida condensacion de los vapores formados en la atmósfera por el incendio.

---



## IX

### Cataclismo

**S**E acercaba la estacion de las lluvias, copiosísimas en las márgenes del Mississipí, sobre todo en la costa en que desagua, lo mismo que el Arkansas y el Red-River.

Por desgracia la colonia polaca de Borovina se encontraba en la region pantanosa, y pronto el suelo del campamento se reblandeció, acabando por transformarse en una laguna.

Bajo la lluvia torrencial, que duraba noche y dia, los colonos iban cayendo sucesivamente enfermos, atacados por las fiebres.

Muchos partieron con intencion de regresar á Claesville, pero volvieron pronto trayendo una terrible noticia. El río desbordado inundaba todas las tierras y era imposible toda tentativa para atravesarlo.

La situacion de los colonos no podia ser más crítica. La inundacion cortaba todas las comunicaciones con Claesville, único punto en que podian abastecerse de lo necesario á la vida.

Gracias á Orlik y á su poderoso brazo, Lorenzo y su hija viéronse libres de las privaciones á que se veian sujetos los demás. Todos los dias les traía caza muerta, y habia levantado su propia tienda por encima de la miserable yáciga en que gemia Lorenzo, que de esta suerte, lo mismo que Marysia, estaba al abrigo de la continua lluvia.

Los servicios y el auxilio de Orlik, que no era posible rehusar, ponian á Marysia en situacion embarazosa: el jóven cazador le suplicaba siempre fuera suya, mientras la pobre sentíase incapaz de dar su asentimiento.

—¿No hay otras mujeres en el mundo?—contestaba á sus ruegos.—Nada os costará encontrar otra mejor que yo. Bien sabeis que mi corazon no me pertenece.

—No tal,—decia Orlik;— buscaré por el mundo entero, y no podré encontrar otra semejante á tí. Eres tú la única que me conviene... mi bien, mi vida... ¿Qué esperar, pues? ¿qué harás el día que tu padre muera? Entonces serás tú la primera en venir á mí; ó de nó, te cogeré como el lobo á la oveja, y te llevaré como él al fondo del bosque... pero no para devorarte, sino para arrodillarme á tus piés, y calentarte entre mis brazos, y confundir mi aliento con el tuyo.. Y entonces serás mia, mia enteramente, sin que nadie pueda impedirlo, ni ese Jasko, con quien siempre sueñas... ¡Jasko, Jasko! Le llamarás, y... ¡ojalá pudiese él obedecer á tus conjuros, porque podria batirme con él, ahogarle entre mis brazos, estrangularle!...

Orlik estaba terrible al pronunciar estas palabras.

Y en sus augurios respecto á Loren-

zo, tenía razón. El pobre viejo se acercaba á grandes pasos á la muerte. Deliraba frecuentemente bajo la violencia de la fiebre, y en sus accesos le atormentaban los recuerdos de Lipinsk, la amarga nostalgia de la patria lejana, que no debía ver ya más.

Marysia derramaba abundantes lágrimas al ver el estado de su padre y al pensar en su propia suerte futura.

Orlik le había prometido solemnemente llevarla á Lipinsk si consentía en ser su mujer, pero lejos de ser eso un estímulo para ella, le causaba un gran tormento... Volver á su tierra siendo esposa de otro... de un extranjero!... ¡Oh no! Valia mil veces más perecer de miseria en aquella salvaje soledad.

Y la pobre jóven imploraba á Dios para que la llamase á su seno al mismo tiempo que á su padre.

La lluvia no cesaba de caer á torrentes, y con ella sobrevino á la colonia una nueva y mayor adversidad.

Una noche los colonos fueron despertados por un clamor de espanto.

—¡La riada! ¡La riada!

Y cuando los hombres saltaron de los carros abriendo sus ojos cargados aún de sueño, á pesar de la oscuridad, acrecentada aún por la lluvia y la niebla, viéronse rodeados de una sabana de agua espumosa y rugiente.

El agua les llegaba ya á las rodillas y crecía con aterradora rapidez. Las mujeres y los niños buscaron un refugio en lo alto de los carros. Los hombres se aprestaban á ganar algún espesillo de árboles escapados al hacha ó al fuego.

No contenida por obstáculo alguno, la impetuosa corriente abatía y derribaba cuanto encontraba á su paso, y con el atronador ruido de las aguas confundíanse los gritos de angustia y las voces de socorro. Los pocos animales que aún quedaban, mulos, bueyes y carneros, rompiendo toda valla, huían espantados, y los carros, llevados por las aguas, iban muy pronto á seguirles. Y entre tanto continuaba cayendo una lluvia torrencial.

No era ya la inundación periódica de la primavera, sino un cataclismo de la Naturaleza, que en las tinieblas

de la noche asaltaba la colonia y esparcía en ella la desolacion y la ruina.

De pronto el carro más vecino al bosque cedió al empuje violento del agua y rodó de lado.

Al oír los alaridos de las mujeres algunas sombras negras deslizaronse de los árboles y nadaron vigorosamente hácia las infelices que se ahogaban para prestarles socorro; pero unos y otras desaparecieron, arrebatados por la corriente.

La tempestad se desencadenaba con violencia creciente. Los carros estaban cubiertos de seres humanos. Sobre la cenagosa superficie del agua flotaban tablones y vigas. Alguna que otra silueta humana se agarraba convulsivamente á un tronco de árbol. Allí un carnero luchaba contra la muerte; aquí una mano de niño salía á flor de agua para desaparecer luego para siempre.

El estruendo del agua arremolinada en vertiginosa carrera dominaba todos los demás ruidos.

De los carros, unos se hundieron

lentamente; otros fueron arrastrados á lo lejos por la fuerza del agua.

¿Y Lorenzo? ¿y Marysia?

El tabique de madera que servía de lecho al pobre enfermo al abrigo de la tienda los salvó.

Flotando como una balsa, fué primero juguete de la corriente y dió la vuelta al campamento. Luego, chocando á derecha é izquierda contra mil obstáculos, tomó la direccion del bosque y se lanzó hacia delante en las tinieblas de tan aciaga noche.

Marysia, arrodillada contra la yáciga de su padre, imploraba al cielo con las manos juntas; pero á su débil voz sólo respondía el ronco bramido de los elementos desencadenados. Una ráfaga de viento se llevó la tienda, y más de una vez la balsa estuvo en peligro de estrellarse contra los troncos sumergidos; hasta que al fin quedó detenida por las ramas de un árbol.

Entonces una voz que parecia bajar del cielo gritó en medio del follaje:

— ¡Alerta! Toma mi carabina y pasa al otro lado, para que al saltar el peso



de mi cuerpo no haga balancear demasiado la balsa.

Era la voz de Orlik, á quien sorprendió la inundacion mientras cazaba en el bosque.

—Ya ves, Marysia,—añadió,—cómo el destino nos reúne otra vez. Dios mismo viene en mi auxilio. Tan cierto como Dios existe yo te salvaré, aunque debiese perder la vida.

Con un hacha que llevaba siempre consigo cortó una larga rama de árbol. En pocos momentos hizo con ella un remo, lo apoyó contra el tronco, y con vigoroso esfuerzo lanzó de nuevo la balsa en la corriente, despues de lo cual se puso á remar.

Cuando hubieron llegado al lugar en que el río seguía su verdadero cauce, la corriente se apoderó de la balsa y la arrastró con vertiginosa rapidez.

Orlik no perdía minuto.

De vez en cuando, con un golpe de remo parecia imprimir á la balsa mejor direccion; separaba de ella las ramas, los árboles flotantes; su penetrante mirada, hábil en sondear el espacio á través de la oscuridad, pre-

veia á tiempo los peligros, y su fuerza hercúlea parecia duplicarse.

Así navegaron largo rato, hasta que por fin aparecieron á su vista los primeros albores de la mañana. En aquel momento la balsa dejaba atrás el bosque. A su alrededor, en cuanto podían alcanzar los ojos, no veian más que un círculo de agua, cuyos remansos eran lo único que rompía la uniformidad.

Amanecido ya, Orlik miró en torno suyo, y cuando vió delante de él la llanura líquida hasta perderse de vista, dejó el remo.

—¡Ahora eres mía,—exclamó,—mía del todo, Marysia, puesto que yo solo te he arrancado de la muerte!

Diciendo esto se quitó el gorro. Su bello y expresivo rostro, enrojecido por los rudos esfuerzos que habia hecho, respiraba la energía viril y la altivez de alma propia de los bravíos hijos de la pradera.

Por primera vez, Marysia no se atrevió á contradecirle.

—¡Marysia!—dijo Orlik con voz suave:—¡Marysia de mi alma!—repitió

Pero ella, esquivando toda contes-  
tacion, interrogó:

—¿A dónde vamos?

—¿Qué importa saberlo, puesto que  
te veo, te tengo ahí, cerca de mí, oh  
bien mío?

—Rema, rema para escapar á la  
muerte,—dijo ella.

Orlik obedeció docilmente.

A todo esto, el viejo Lorenzo em-  
peoraba más y más. La fiebre no le  
había dejado un momento y se apode-  
raba de él una general postracion. Se  
acercaba el término de sus dolores y  
sufrimientos, la suprema paz.

Al fin pareció reanimarse, y llamó  
á su hija.

—Marysia,—dijo con voz casi im-  
perceptible,—ya no veré el alba de  
mañana. ¡Dios mio! ¿por qué abando-  
né á Lipinsk? ¿por qué te arrastré con-  
migo al azar?... Tened, Señor, mise-  
ricordia de mí, y sirvan mis sufri-  
mientos como expiacion de mis faltas.  
¡Haced que mi cuerpo repose en la  
tierral... Hija mia, Orlik te conducirá  
á Nueva-York, á casa de nuestro pro-  
tector. ¡Oh, sí! El en su bondad se

compadecerá de tus penas y te dará  
medios para volver á Lipinsk. Yo no  
volveré ya á ver á mi patria, pero  
Dios me prestará alas y mi alma irá  
hasta allí á reunirse contigo.

Momentos despues sus labios mur-  
muraban con tono suplicante:

—Bajo vuestra proteccion, santa  
Madre de Dios...

Luego, entrando nuevamente en de-  
lirio, comenzó á gritar:

—¡No! ¡no me arrojéis al agua! ¡No  
soy ningun perro!

Y como si este grito hubiese traído  
á su memoria la terrible noche en que  
agonizando de hambre y desespera-  
cion habia querido ahogar á su hija,  
rompió en sollozos y exclamó:

—¡Perdóname, hijita mia, perdó-  
name!

Arrodillada al lado de su padre,  
con las manos juntas, é insensible al  
hambre y á la lluvia que pegaba sus  
vestidos á su cuerpo, Marysia lloraba  
amargamente.

Orlik continuaba remando, pero  
tambien de sus ojos corrian gruesas  
lágrimas.

Por la tarde el tiempo se fué serenando, y poco antes de desaparecer detrás de ligeras nubes, el sol lanzó sobre la extension de las aguas algunos pálidos rayos que rodearon con un nimbo luminoso el rostro del moribundo.

Dios tenia piedad del viejo campesino y le concedia una muerte tranquila.

Una vez más murmuró con acento de profunda pena:

—Abandoné mi casa, mi Polonia, mi viejo mundo...

Despues el delirio de la hora postrera le devolvió á su suelo natal.

Gracias á su generoso protector de Nueva-York, se embarcaba con su hija. El buque hendia las olas con extraordinaria rapidez. Al fin volvia á ver el puerto de Hamburgo, primera etapa de su larga carrera de infortunios y de miseria, y en seguida el tren iba á conducirlo al suelo de Polonia.

Delante de sus ojos pasaban visiones de ciudades desconocidas. Sentia por momentos más próxima su patria; su corazon saltaba de alegría en

su pecho; el aire que respiraba era el aire natal. ¡Sí, sí! ¡la fronteral... y luego los campos, y las cabañas, y el campanario de la vieja iglesia... ¡Lipinsk! ¡esa es Lipinsk! Con el alma conmovida el viejo campesino baja del tren, seguido de su hija, y toman por el hondo camino, bien conocido...

En medio del suave ambiente primaveral, loquean en el aire los pajarillos, las campanas tocan el *Angelus*, y el padre y la hija se arrodillan y con lágrimas de gozo besan devotamente el suelo de su nativo país.

Algunos pasos más, y hé aquí el monton de piedras y la erguida cruz. Ahí comienza el término de Lipinsk.

Y el viejo campesino se echaba en tierra, y otra vez sus labios besaban febrilmente el suelo natal.

—¡Estoy en Lipinsk!—exclamaba calenturientemente. — ¡Estoy en Lipinsk!...

Los labios del infeliz desterrado emudecieron para siempre. Sobre la frágil balsa únicamente reposaban sus despojos mortales: su alma habia volado á las regiones eternas donde rei-

nan, allí solamente, la paz y la felicidad.

—¡Padre!... ¡padre!—gimió Marysia.

¡Pobre niña! Es en vano que le lla-  
mes, porque tu voz no podrá despertar-  
le de su sueño. No volverá más á  
tu lado. En su nuevo Lipinsk, allá  
arriba en la verdadera patria del hom-  
bre, goza de plena felicidad.

Llegó la noche.

El frío, el hambre y la fatiga ator-  
mentaban á los desgraciados sobrevi-  
vientes.

Orlik, sobre todo, estaba tan fati-  
gado, que los remos le caian de las  
manos. Resistia, sin embargo, con la  
esperanza de encontrar una via de  
salvacion.

Marysia, de rodillas, con la voz ape-  
nas perceptible y sus ojos arrasados en  
lágrimas, rezaba inmóvil junto al ca-  
dáver de su padre.

Al rededor de ellos agua y nada más  
que agua.

Despues el río que les arrastraba  
pareció aumentar la velocidad de su  
corriente, y la balsa, envuelta en es-

pumosos torbellinos, no podia resistir  
su furia.

Orlik, tendido boca abajo sobre la  
balsa, se esforzaba á pesar de todo en  
luchar á todo trance, pero sintiendo  
que las fuerzas le iban faltando, diri-  
gió al Señor una ardiente súplica pa-  
ra recomendarle á Marysia.

Despues, súbitamente, levantóse  
de un brinco, y escrutando con la mi-  
rada las tinieblas, exclamó con la ma-  
no extendida hacia adelante:

—¡Por todos los santos del Paraíso!  
¡Una luz!

A su vez Marysia miró en la indi-  
cada direccion.

¡No habia duda! Allá, en medio de  
la negrura de la noche, un punto lu-  
minoso enviaba á las aguas su blanco  
reflejo. El corazon de Orlik renació á  
la esperanza.

—Ciertamente,—dijo,—es un barco  
de Claresville. Los yankees lo han  
echado al agua para recoger á los  
náufragos. ¡Si pudiésemos hacernos  
ver y acercarnos! ¡Oh, Marysia, Ma-  
rysia! ¡quizás te salve por segunda  
vez!... ¡Valor! ¡Adelante!

Y con energía doblada por risueña esperanza, volvió de nuevo á remar.

Poco á poco la luz se hacia más distinta y pronto permitió reconocer el aspecto de un barco, muy lejano aún, pero al cual se iban acercando.

Así transcurrieron unos instantes, cuando de improviso no pudo Orlik reprimir un grito de desesperacion. Habia notado en la balsa un extraño movimiento, y al punto advirtió que la corriente la empujaba en otro sentido.

Los dos desgraciados vieron con dolor alejarse la luz, disminuir, desaparecer, arrebatándoles toda esperanza de salvacion.

En aquel momento la balsa se atacó entre las ramas de un grueso árbol. Orlik y Marysia se pusieron á gritar con todas sus fuerzas, pero el estruendo de las aguas apagaba sus voces. Orlik tuvo una inspiracion súbita. Cogió su carabina y dijo:

—Oirán el ruido y verán la llama.

¡Vana esperanza! La pólvora estaba mojada por la lluvia...

Presa de mortal desaliento, Orlik se

echó sobre la balsa como privado de sus sentidos... ¡Escapábale, pues, todo medio de salvacion!

De pronto se levantó y dirigiéndose á su compañera díjole con acento de ternura:

—Marysia, á ser tú otra jóven, tiempo há te hubiera llevado á la fuerza á los bosques. Contigo no me he atrevido, porque seria incapaz de causarte la menor pena, porque te quiero demasiado, porque me eres más cara que mi vida. Antes, como lobo cervical, iba á través de bosques y praderas sembrando el terror. Pero tú me apareciste y no has cesado de inspirarme respeto. En tu presencia me he sentido siempre como tímido niño. Tú no puedes corresponder á mi amor, ni yo quiero que seas mia por la violencia. ¡Nó! ¡antes la muerte! Quizás Dios me dará fuerzas para salvarte. Si lo consigo, serás libre, te lo juro; pero si, por el contrario, muero, ¡oh! entonces reza por mi alma, y un dia, si te sonrie la suerte, tenme presente en tu memoria. Perdóname si alguna vez te hice sufrir. Tu pensamiento me co-

municará nuevas fuerzas, ¡oh Marysia, mi luz, mi vida, mi único bien!

Y antes de que la pobre huérfana pudiese adivinar el proyecto de Orlik, vióle con espanto arrojarse al río.

Pronto, sin embargo, le vió reaparecer sobre el agua y nadar vigorosamente. Quería Orlik alcanzar el barco y volver á la balsa en busca de Marysia. Pero la corriente no le era favorable, y aunque buen nadador, sólo adelantaba con auxilio de esfuerzos sobrehumanos. Gruesas olas le herían en el rostro y le cegaban, viéndose obligado á elevar su cabeza por encima del agua para mantenerse en la direceion del barco. Y si á veces una ola le empujaba favorablemente, pronto otra le hacia perder la ventaja que debia á la primera.

Su respiracion se volvía jadeante; sentía que sus fuerzas le abandonaban, que sus miembros entumecidos por el frío no obedecían á su voluntad.

En tal situacion, y sintiéndose ya desfallecer, parecióle oír en medio del ruido ensordecedor del agua una voz

querida que le gritaba: «¡Socorro! ¡sálvame!» Creyó tambien ver á Marysia arrodillada sobre la balsa, levantando sus manos juntas, y este pensamiento le infundió nuevo valor. Tal era su fatiga, que los ojos le salían de las órbitas; y por más que le bastaba dar media vuelta para volver á la balsa, tal pensamiento era indigno de él.

Ante sus ojos, aunque lejana, veía la luz del barco, y allá era preciso llegar á toda costa para encontrar salvacion.

En efecto, el barco era llevado hacia él por la corriente contra la cual luchaba.

De repente Orlik sintió ponerse rígidas sus rodillas y quedar inertes sus piernas á pesar de los esfuerzos que hacia.

El barco salvador continuaba acercándose.

Orlik comenzó á dar voces de «¡socorro!» Pero una ola cenagosa ahogó sus gritos y lo tragó bajo su peso. Logró, sin embargo, volver á la superficie, y prestó oído... ¡Sí! no le cabía

duda. No lejos de él percibía ruido de remos.

—¡Socorro!—gritó de nuevo.

Pero fué un grito único.

Un torbellino arrebató á Orlik y lo engolfó, sofocándole en su movimiento giratorio.

Pudo aún sacar su mano sobre la superficie del agua... Despues, ¡nada!...

¡El abismo lo habia tragado!

Y en tanto Marysia, sola al lado del cadáver de su padre, no quitaba los ojos del punto luminoso. Inmóvil, casi petrificada por el dolor, ya casi no podia pensar.

Pero el barco iba avanzando; la luz se agrandaba y parecia lanzar sobre las aguas como una inmensa serpiente de fuego que contra ella se dirigia amenazadora.

Marysia clamó auxilio con acento de desesperacion.

Una voz de hombre se oyó en la oscuridad.

—¡Eh! ¡Schmidt!—decia en lenguaje inglés,—¡que me ahorquen del palo mayor si no he oído una voz de mujer pidiendo socorro!

Pocos instantes despues dos brazos robustos levantaban en alto á Marysia y la depositaban sobre la cubierta del barco salvador.

Pero aquellos brazos no eran los de Orlik.

El valeroso, el infortunado Orlik dormia su postrer sueño en el fondo de las aguas.





X

### **Triste epílogo**

**D**os meses despues de tan espantosa tragedia, salia Marysia del hospital de Little-Rock.

La pobre niña habia padecido una enfermedad grave y dolorosa. Convaleciente aún, estaba tan pálida y demacrada, que excitaba la compasion de los corazones menos sensibles.

Algunas personas caritativas hicieron una colecta á favor suyo y reunieron una pequeña suma, gracias á la cual pudo volver á Nueva-York.

Con todo, hubiérale sido preciso



hacer á pié la última parte del viaje si los empleados de la estacion de Little Rock no le hubiesen obtenido un billete gratuito.

Marysia habia aprendido algo el inglés, de manera que podia expresarse con bastante claridad, y cuando los empleados conocieron su desgraciada historia abrieron una suscripcion entre ellos y le entregaron lo reunido. Conmovíales profundamente el aspecto de aquella jóven enferma, de rostro pálido, grandes ojos azules y cabellos de oro; mejor una sombra que una criatura viviente.

Alivio era ciertamente á su apenado espíritu encontrar en su camino corazones compasivos: pero ¡cuán implacablemente cruel era su suerte!

¡Pobre y humilde flor de los campos que los vientos contrarios habian arrojado á extranjero suelo, convertido en su morada forzosa, cuando tanto habia sufrido en él!

Pero nó; el lugar de sus ansias estaba allá, más allá del mar... en Lipinsk, su aldea natal, con sus cabañas cubiertas de bálago, su modesta

iglesia, su ambiente perfumado, sus rostros amigos ó conocidos...

Llega por fin á Nueva-York y se dirige confiadamente á Walter Street, segura del auxilio de su anciano protector.

Con mano trémula llama á la puerta, y breves momentos despues aparece un criado.

—¿Vive aquí el señor Slotoposki?— pregunta enseñando la tarjeta que tan cuidadosamente habia conservado siempre.

—No,—responde el criado.—¡Murió!

—¿Y el señor William, su hijo?

—Ausente de Nueva-York.

—¿Y la señorita Jenny?

—Marchó tambien.

Y sin aguardar nuevas preguntas, el criado cerró la puerta.

Aterrada por aquel nuevo é inesperado golpe, Marysia se dejó caer en tierra y un sudor frío bañó su frente.

¡Sola, segunda vez sola en Nueva-York, abandonada de todos, sin proteccion, sin medios de existencia!

¿Estaria destinada á permanecer perpetuamente allí? ¡Ah! No, por todo el oro del mundo. Irá al puerto y se informará de los barcos alemanes prontos á partir. Se arrojará á los piés de los capitanes, les rogará, les conjurará á que la arranquen de aquella tierra de dolor y la lleven á Alemania. ¿No habrá uno siquiera que acceda á sus ruegos y á sus lágrimas?

Desde las costas de Alemania, con auxilio de las buenas almas, podrá volver á Lipinsk... ¡á Lipinsk! único sitio donde puede aspirar al reposo, porque allí vive su Jasko, el único sér que la retiene aún en la tierra.

Y aunque la hubiese olvidado, aunque la rechazase, queria á lo menos morir cerca de él.

Firme en su resolucion, encaminóse al puerto y comenzó á interesar en favor suyo á los capitanes de los vapores alemanes.

Estos no hubieran opuesto dificultad alguna en llevársela; pero la ley lo prohibia, y contra la ley no hay ruego que valga. Entonces Marysia se instaló en el mismo sitio donde pa-

sara aquella terrible noche en que su infeliz padre habia querido ahogarla; y al igual que durante su primera estancia en Nueva-York, se alimentaba de restos de todo género que la marea arrojaba á la playa.

Cada mañana volvia á los muelles, y á bordo de los vapores prontos á zarpar se echaba á los piés de los capitanes, sin que logran desanimarla sus repetidas negativas.

Pero en aquella obstinada lucha de todos los dias se agotaban sus fuerzas y comprendia que de no volver á su país sucumbiria sin remedio, como habian sucumbido, uno en pos de otro, sus compañeros de emigracion.

Llegó por fin un dia en que del todo rendida é incapaz de renovar á la mañana siguiente sus inútiles tentativas con los marinos alemanes, tomó una resolucion. Deslizariase á bordo de un vapor próximo á zarpar, se ocultaria en algun oscuro rincon, y una vez en alta mar, no era de creer que la arrojasen al agua. O si esto hacian, puesto que debia morir, poco le importaba el género de muerte.

Su primera tentativa le salió bien; pero ejercíase una activa vigilancia, y una vez á bordo fué pronto descubierta y la obligaron á saltar en tierra.

En su desesperacion, permaneció un instante inmóvil: despues corrió al embarcadero, tendió los brazos hacia el mar, y rompiendo en risa convulsiva, exclamó:

—¡Jasko! ¡Jasko mio! ¿No me reconoces? ¿Tan mudada me ves?... ¡Oh! sí, soy rica... propietaria de vastas tierras de labor... pero te he guardado mi fe... ¡tuya soy, siempre tuya!

Deteníanse los transeuntes al oirla, y creyeron que la fiebre la hacia delirar.

Nó, no era delirio. Era la locura que se habia apoderado de la pobre niña.

Desde entonces fué allí todos los dias á esperar la llegada de su amado Jasko.

Los que la conocian, marineros y trabajadores del puerto en su mayoría, acostumbrados á verla dábanle alguna limosna, y ella les correspondia

saludándoles con su graciosa sonrisa de niña inconsciente.

Así transcurrieron dos meses. Al fin, Marysia desapareció, y nadie se inquietó por ella.

.....

Algunos dias despues en los periódicos de Nueva-York se leia la noticia de haber sido encontrado en el extremo del puerto el cadáver de una jóven.

Nadie sabia la causa de su muerte, y su nombre y procedencia tampoco eran conocidos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
FIN  
"ALFONSO R."  
CALLE MONTEPEREZ MEXICO



311

311

P  
·  
B